



**UNSAM**

UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE  
SAN MARTÍN

**UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE SAN MARTÍN**

**Tesis: Transferencia**

**Del amor a la libido**

**Director: Luis Tudanca**

**Alumno: Lucía Benchimol**

**MAESTRÍA EN CLÍNICA  
PSICOANALÍTICA**

## ÍNDICE

<b>Capítulo 1. La transferencia en Freud.....</b>	<b>4</b>
1. La invención de la transferencia y del analista.....	4
1.1 El clisé de la transferencia, entre escollo y auxiliar de la técnica.....	7
2. La transferencia como resistencia.....	9
3. Resorte pulsional, amor-odio de transferencia.....	12
4. La presencia pulsional “Nadie puede ser ajusticiado <i>in absentia</i> o <i>in effigie</i> ”.....	14
5. La cara libidinal de la transferencia.....	16
<b>Capítulo 2. La transferencia en la enseñanza lacaniana.....</b>	<b>19</b>
1. Lacan y los esquemas.....	19
1.1 Cuatro esquemas del aparato psíquico.....	20
1.1.1 El aparato psíquico en el <i>Entwurf</i> . Primer esquema.....	21
1.1.2 La <i>Traumdeutung</i> . Segundo esquema.....	22
1.1.3 <i>Esquema óptico</i> en la teoría de la libido. Tercer esquema.....	23
1.1.4 <i>Esquema L</i> . Cuarto esquema.....	25
2. La puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente.....	27
3. El algoritmo de la transferencia y la inexistencia del SsS.....	29
4. El amor de transferencia.....	32
5. Los discursos y el analista.....	34
6. Liquidación del engaño que produce el cierre del inconsciente.....	37
<b>Capítulo 3. Hay amores y amores.....</b>	<b>41</b>
1. Algo parecido al amor.....	41
1.1 Al principio con Freud.....	42
2. El objeto <i>a</i> y la teoría sexual infantil.....	43
2.1 Recorrido pulsional y objeto <i>a</i> .....	44
3. La metáfora del amor.....	46
3.1 <i>El banquete</i> , de Platón.....	47
3.2 El ágalma. La terciaridad.....	48
3.3 El amor, su esencia de engaño.....	50
3.4 El desengaño del amor.....	51
4. El amor y su lúnula.....	52
5. El pago de la sesión analítica.....	53
<b>Capítulo 4. La vertiente libidinal de la transferencia.....</b>	<b>55</b>
1. La liberación de la libido bajo transferencia.....	55
1.1 Con Freud.....	55
2. La libido y los paradigmas del goce.....	57

2.1 La libido imaginizada.....	57
2.2 La libido significantizada.....	58
2.3 Lo irreductible de la libido.....	58
2.4 La libido como órgano, el mito de la laminilla.....	50
2.5 La libido y la naturaleza.....	63
3. Circare.....	64
4. El amor después.....	65
<b>Capítulo 5. Del amor al pase.....</b>	<b>66</b>
1. Análisis de los datos: testimonios del pase.....	66
1.1 Versiones del pase.....	67
2. Lo que los pases enseñan.....	68
2.1 Los objetos y el objeto.....	69
2.2 El fantasma y el objeto.....	71
3. La transferencia más allá del fantasma.....	74
<b>Conclusiones.....</b>	<b>76</b>
1. El Sujeto-supuesto-Saber.....	78
2. Los discursos bajo transferencia.....	79
3. Los pases.....	79
<b>Bibliografía general.....</b>	<b>81</b>

## Capítulo 1

# La transferencia en Freud

### 1. *La invención de la transferencia y del analista*

“[...] un análisis sin transferencia es una imposibilidad. No se crea que la engendra el análisis y únicamente se presenta en él, pues este sólo la revela y aísla. La transferencia es un fenómeno humano universal, decide sobre el éxito de cada intervención médica y aun gobierna en general los vínculos de una persona con su ambiente humano”. (Freud, 2004a, pág. 40)

Nuestra investigación plantea que el corazón de la transferencia, su rasgo de mayor envergadura, es que conmueve el modo en que uno aprehende el mundo. El padre del psicoanálisis, Freud la encuentra porque le implicaba un obstáculo a la hora de trabajar con sus pacientes, especialmente en aquellos que presentaban un cuadro de histeria. Hoy en día todos hablan de la transferencia, es una palabra que llegó a la jerga popular, lo que hace problemático orientarse entre tantos sentidos que se le atribuyen. En este trabajo pretendemos focalizar en el uso que le dio Freud y el modo en que la recupero Lacan. Por lo tanto, decidimos comenzar investigando el nacimiento del concepto.

Advertimos que tanto el método psicoanalítico como la transferencia son creaciones freudianas para dar una respuesta innovadora a su imposibilidad de trabajar mediante la sugestión. Sabemos que la sugestión es el ejercicio de poder que produce la figura del médico. En una conferencia del psicoanalista francés Guy Trobas dictada el 5 de noviembre del 2021, titulada *Cómo Freud descubrió la transferencia*, se detallan cinco momentos previos a la concepción del método analítico, junto al concepto de transferencia. Estos momentos se escanden según deslizamientos respecto del lugar del saber, en los que va delimitado el lugar del analista. El recorrido que comprende desde 1886 —momento donde Freud da un viraje respecto de su formación en neurología al dejar su cargo en el laboratorio de patología de La Salpêtrière,

según James Strachey, “arguyendo como motivo sus deficientes instalaciones”. (Freud, 2004a, pág. 4)— hasta 1896, cuando el método recibe el nombre de “Psicoanálisis”.

- El primer momento implica un paso poco comentado entre los historiadores del psicoanálisis. Va desde mayo de 1886, cuando el joven Freud vuelve de su estadía en Francia y al encontrar que sus pacientes padecen enfermedades psiconeurológicas recurre a la electroterapia, hasta fines de 1887. Luego, cuando abandona la técnica, él mismo se sorprende de la confianza que había depositado en los procedimientos que enseñaba, quien era el autor más destacado de neurología de su tiempo, W. Erb [1882]. Luego de un año deja esta terapia porque, tal como lo afirma, “no tiene la más mínima relación con la realidad”. (Freud, 2004a, pág. 15) El tramo le sirvió para advertir los efectos de sugestión de los que él mismo era objeto.
- El segundo momento transcurre a finales de 1887, cuando emprende un viaje a Nancy para formarse con el neurólogo francés Hippolyte Bernheim en el método de la sugestión. Luego de un tiempo se encuentra con que no todos los pacientes responden al tratamiento, lo que lo lleva a poner en tela de juicio el procedimiento.
- Un tercer momento emerge hacia finales de 1890, cuando comienza a usar el método catártico. La abreacción de afectos bajo estados hipnóticos consiste en enlazar recuerdos infantiles con afecciones actuales del alma. Este momento se extiende hasta el año 1892. Este es el punto donde Freud asume el lugar de un amo que no es universitario. ¿Podemos decir que funda aquí un nuevo discurso? Claramente, avanza dando pasos firmes en un terreno no conocido. Dando paso a un discurso que propone un tratamiento del saber inconsciente que se desliza mediante los dichos del paciente.
- El cuarto tiempo acontece por el pedido directo de una paciente: Elisabeth von R. demanda hablar. Ya habíamos establecido el deslizamiento del lugar del saber hacia el discurso del paciente, entonces Freud abandona el método de hipnosis e inventa otra metodología.

Es la primera vez que avanza sin mentor, sin una autoridad a quien seguir, trabaja solo. En esta soledad comienza a desplegar una teoría según la cual la organización patógena no actúa como un cuerpo extraño, ajeno, sino como una infiltración en red: las representaciones que emergen en la palabra están en relación con algún elemento reprimido.

- Aislar lo reprimido le permite dar un paso más, quinto momento según el disertante. Explicar el mecanismo mediante el cual parte del contenido psíquico queda fuera de la conciencia le sirve para crear una técnica para el tratamiento: permitir que el analizante hable libremente sobre lo que se le venga a la cabeza y así dar lugar a los lapsus, que indican el material reprimido. Esta técnica se denomina “Análisis psíquico” y es la que lo separa definitivamente de la hipnosis y sus efectos de sugestión.
- Es recién en 1895 cuando comienza a usar el término “psicoanálisis”, en un capítulo del famoso artículo: *Estudios sobre la histeria*. Aquí Trobas sostiene:

“Freud crea un nuevo espacio terapéutico en el que él no determina más como sujeto la fenomenología de la experiencia del sujeto<sup>1</sup>; al contrario, puede ahora concebir que lo que la paciente experimenta puede verdaderamente estar considerado como la propia producción, como algo que sólo se refiere a su particularidad subjetiva [...]. Es entonces en este contexto limpiado de la posición de hipnotizador, verdadero paradigma del discurso del amo, que radica la condición lógica de la posibilidad de captar y circunscribir un fenómeno nuevo, un fenómeno específico que implica al analista en la subjetividad del paciente, sin que dicho analista lo haya estimulado. Este fenómeno es la transferencia”. (Trobas, 2021)

Así, Freud introduce algo absolutamente original que se llama “psicoanalista”. Deja atrás la figura del médico, como aquel que detenta el saber sobre lo que le pasa al padeciente. El fenómeno de la transferencia le sirve de soporte para identificar qué lugar tiene el analista en la lógica inconsciente del paciente. Sólo desde allí se puede orientar la cura.

Podemos decir que es absolutamente original el modo freudiano de no creer que el amor del paciente se dirige a su persona. En esta línea, en su curso sobre *Entre transferencia y repetición*, Eric Laurent resalta: “Lo que es muy sorprendente en el punto de partida de este texto es que Freud no piensa en modo alguno que el amor es lo primero; no piensa en modo alguno que el paciente lo amaría, y que eso sería un obstáculo para que ella le hablara [...]. El punto de partida de Freud es considerar que, antes que nada, lo que está primero es la cadena asociativa”. (Laurent, 1998, pág. 15) Es decir, primero el inconsciente pensado como cadena asociativa y

---

<sup>1</sup> Si bien se repite la palabra “sujeto”, quedando la oración con deficiencias gramaticales, se entiende que esto es una conferencia dictada de manera oral por un disertante que no tiene de lengua nativa el español, y decidimos no corregirla.

desde allí los efectos hacia la figura del analista. Aún hoy, uno de nuestros principios fundamentales de nuestra praxis es abstenerse de atribuirse los sentimientos que el tratamiento genera en los pacientes. Esta posición ética es la única desde donde se puede ejercer.

### *1.1 El clisé de la transferencia, entre escollo y auxiliar de la técnica*

“Nosotros, los médicos, todos ustedes, por tanto, cultivan permanentemente la psicoterapia, por más que no lo sepan ni se lo propongan; sólo que constituye una desventaja dejar librado tan totalmente a los enfermos el factor psíquico de la influencia que ustedes ejercen sobre ellos”. (Freud, 1992a, pág. 148)

Este apartado retoma el texto “Fragmentos sobre un caso de histeria” (1905), porque allí Freud, en el epílogo, dice: “Yo no logré dominar a tiempo la transferencia; a causa de la facilidad con que Dora ponía a mi disposición en la cura una parte del material patógeno, olvidé tomar la precaución de estar atento a los primeros signos de la transferencia que se preparaba con otra parte de ese mismo material, que yo todavía ignoraba”. (Freud, 2008a, p. 103) Este es un esfuerzo por mostrar cómo trabajar con el material inconsciente de los sueños en una paciente que padecía síntomas de histeria. El tratamiento se asienta sobre una hipótesis que hasta el día de hoy es fundamental para el psicoanálisis, según la cual “la sexualidad constituye la clave para el problema de las psiconeurosis, así como la neurosis en general”. (Freud, 2008a, pág. 100)

Que la sexualidad es fundamento de la neurosis es algo aceptado desde Freud en adelante; la complejidad radica en explicar el mecanismo inconsciente por el cual asociativamente deviene la transferencia. En el mismo texto va a afirmar que, “en el curso de una cura psicoanalítica, la neoformación del síntoma se suspende (de manera regular, estamos autorizados a decir); pero la productividad de la neurosis no se ha extinguido en absoluto, sino que se afirma en la creación de un tipo particular de formaciones de pensamiento, las más de las veces inconscientes, a las que puede darse el nombre de ‘transferencias’”. (Freud, 2008a, pág. 101) Si pensamos la transferencia como vivencias psíquicas de la infancia que son revividas en el vínculo actual, podemos advertir un estatuto dentro de las formaciones del inconsciente. Ya sabemos que las formaciones del inconsciente utilizan el mecanismo de la sustitución, donde, como su nombre lo indica, un significante que representa las figuras de la infancia se asocia al médico. Concluye el texto diciendo: “La transferencia, destinada a ser el máximo escollo para

el psicoanálisis, se convierte en su auxiliar más poderoso cuando se logra colegirla en cada caso y traducirla al enfermo”. (Freud, 2008a, pág. 103)

Más tarde pondrá en cuestión la idea de traducir al paciente el rasgo distintivo que funda la transferencia, en el tratamiento del hombre de las ratas, plantea: “Me dio repetidas veces el trato de ‘señor capitán’, probablemente porque al comienzo de la sesión le había señalado que yo no era cruel como el capitán N., ni que tenía el propósito de martirizarlo innecesariamente”. (Freud, 2003a, pág. 135) Podemos interpretar que el analizante no sabe nada de esa sustitución, del engaño que recae en el médico tratante. Es, en todo caso, el analista quien conoce los mecanismos de la cadena asociativa y está advertido del error sobre su persona.

En “Sobre la dinámica de la transferencia”, Freud plantea que esta no es exclusividad del análisis; incluso resalta, no sin cierta extrañeza, que fuera del análisis la transferencia porta un efecto salúfero en lugar de situarse como potencial obstáculo. Afirma que “las mociones inconscientes no quieren ser recordadas, como la cura lo desea, sino que aspiran a reproducirse en consonancia con la atemporalidad y la capacidad de alucinación de lo inconsciente”. (Freud, 2012, pág. 105) Retoma así dos características principales del inconsciente: la atemporalidad, es decir, que cuando una vivencia se imprime es pasible de ponerse en acto cíclicamente en cualquier contexto de la vida, y la capacidad alucinatoria de la repetición, en tanto las asociaciones cubren en acto la situación actual. Ahora bien, hay un punto fundamental de la transferencia y es que la asociación no llega nunca a cubrir la totalidad de la situación actual, algo siempre escapa. Freud dice es “un clisé (o también varios) que se repite —es impreso— de manera regular en la trayectoria de la vida, en la medida en que lo consientan las circunstancias exteriores y la naturaleza de los objetos de amor asequibles, aunque no se mantiene del todo inmutable frente a impresiones recientes”. (Freud, 2012, pág. 97) Entonces, si bien no hay analista por fuera de la transferencia, este clisé puede conmovirse si el analista no replica el lugar al que es convocado.

Es en esta no concordancia entre la representación y la situación actual que entra en acto la transferencia. Freud dice: “El analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace”. (Freud, 1991a, pág. 151) Cuando le pedimos a un paciente que hable no es para ampliar el gusto que puede tener en contar las historias de su vida, sino en tanto algo se repite ahí en acto. Decir “bajo transferencia” implica tener presente esta acción de la propia historia del paciente en la figura del médico. Freud llamó a este efecto el error “en su persona”.

En esta línea, Germán García afirma que la invención freudiana es la del analista. Si bien otros autores escribieron sobre tratamientos y lecturas que podemos hacer de lo no consciente, ninguno introdujo al médico en la cadena asociativa del paciente ni avanzó sobre los efectos que las palabras del médico producen, lo que hoy conocemos como interpretaciones”. Por eso García dice que “la invención (el tema, el asunto) del analista conduce a lo que el analista inventa como explicación de los efectos que produce”. (García, 2011)

## 2. *La transferencia como resistencia*

“Pronto advertimos que la transferencia misma es sólo una pieza de la repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado; pero no sólo sobre el médico: también sobre todos los otros ámbitos de la situación presente”. (Freud, 1991a, pág. 152)

Cuando Freud da cuenta del desplazamiento que se produce entre los recuerdos fijados en la historia de un individuo y el uso que éste hace de ellos para interpretar la situación actual, nombra a ese vínculo “falsa asociación” (Freud, 1895). En el apartado de “Sobre la psicoterapia de la histeria” ubica tres obstáculos de la transferencia: primero, la enajenación del paciente cuando escucha cosas desfavorables sobre el médico o sus procedimientos; segundo, los temores del paciente a caer en dependencia al tratamiento y perder autonomía; y tercero, cuando se transfiere a la persona del médico representaciones penosas que afloran. Allí dice por primera vez: “La transferencia sobre el médico acontece por *enlace falso*”. (Freud, 1992a, pág. 306) Pensar la transferencia como el error en la persona del médico, o como falso enlace, es fundamental, porque deja de manifiesto que se trata de dos momentos históricos distintos. Entonces define a las transferencias como “reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no puede menos que despertarse y hacerse conscientes; pero lo característico de todo el género es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. [...] toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico”. (Freud, 2008a, pág. 101) Entonces el analista deberá estudiar cada vez la maniobra conveniente ante estos obstáculos, que son ineludibles en la praxis.

En su curso sobre la transferencia, Eric Laurent retoma un detalle muy interesante con respecto al “falso enlace”. Dirá que:

“La transferencia se ‘revela’, dice en alemán, ‘como *falsche Verknüpfung*’, lo que puede traducirse, manteniéndose lo más cerca del texto, de la consistencia de la lengua, como ‘falso anudamiento’ [...]; ‘falso anudamiento’ no quería decir nada en francés antes de que el doctor Lacan se sirviera en abundancia de los nudos, lo que, resonando retrospectivamente, da todo su interés a la elección que hace Freud de este término para designar, en el momento originario de su primera aparición, a la transferencia”. (Laurent, 1998, pág. 11)

Esta resonancia se extiende más allá del recorte que nuestro trabajo aborda, pero cuando hablamos de cuestiones clínicas siempre surgen puntas para futuras investigaciones.

Ahora bien, volvamos a “Sobre psicoterapia de la histeria”, donde quedan, por un lado, los espejismos del amor y, por otro, las leyes que lo fundan. Dice así: “Al principio me incomodaba mucho esta multiplicación de mi trabajo psíquico, hasta que aprendí a inteligir lo sujeto a ley de todo este proceso, y después eche de ver que esta transferencia no supone un considerable recargo de trabajo. Para el paciente el trabajo sigue siendo el mismo: superar el afecto penoso por haber podido abrigar semejante deseo por un momento”. (Freud, 1992a, pág. 308) Ya habíamos dicho que la ética del psicoanálisis consiste en no atribuirse los sentimientos que el tratamiento genera, ya que es fundamental redirigirlos en dirección a disipar las leyes que comandan estos procesos. Así Freud pone de relieve la asociación, que es el fundamento de los afectos. A tal punto que concluye el texto proponiendo que el final de análisis se da cuando el paciente consigue una intelección de la compulsión y los espejismos que él atribuyó a la figura del médico. En los próximos capítulos veremos cómo Lacan retoma estas ideas para desarrollar lo que se llamó “el atravesamiento del fantasma”. Y sobre el último capítulo podremos estudiar, a la luz de los testimonios del pase, estos puntos.

Volviendo a Freud, describir la transferencia como resistencia es tomar sólo su cara de repetición, pero en su ensayo “Recordar, repetir y reelaborar” pone en primer plano el acto. Va a decir que “el principal recurso para domeñar la compulsión de repetición del paciente, y transformarla en un motivo para el recordar, reside en el manejo de la transferencia”. (Freud, 1991a, pág. 156) Este punto es fundamental porque introduce el acto. A partir de este texto el mecanismo de la transferencia no es una actuación apuntalada en recuerdos infantiles, sino de aquello reprimido que, al no ser recordado, es sustituido por el actuar. Entre el recuerdo y el acto hay una brecha, hay una hiancia. Esta hiancia está compuesta, para Freud, en este momento de lo no dicho, del enlace inconsciente. Posteriormente Lacan tendrá dos posiciones

con respecto a esa hiancia: en un momento es lo no sabido y en otro es un vacío en lo no sabido. Pero no nos adelantemos tanto.

Entonces Freud propone el método analítico como una fuerza en acto, que se sirve del espacio del consultorio para que se juegue allí la partida. Es importante tener presente que el mecanismo de la repetición encuentra su fundamento en la resistencia. En sus palabras: “Tampoco es difícil discernir la participación de la resistencia. Mientras mayor sea ésta, tanto más será sustituido el recordar por el actuar (repetir)”. (Freud, 1991a, pág. 153) En la neurosis, el vector que enlaza resistencia y repetición conforma una fuerza inversamente proporcional, “las resistencias comandan la secuencia de lo que se repetirá”. (Freud, 1991a, pág. 153) Este es el “campo de acción de la cura”, el analista entra por la puerta de la falsa asociación, y la interpretación le servirá para evidenciar la inercia entre la resistencia y la repetición.

Cuando un paciente asocia libremente, abrimos paso a que las palabras desplieguen el territorio de la repetición, de la inercia que enferma al neurótico. La interpretación es la propuesta freudiana para orientar la cura, es decir, hacer conscientes las cadenas asociativas que encierran la inercia. Sólo así se abre paso a otra cosa; dirá que hay “un fragmento de su ser que se nutre de buenos motivos y del que deberá espigar algo valioso para su vida posterior”. (Freud, 1991a, pág. 154) La interpretación, que apunta a ese fragmento fuera del clisé, introduce algo nuevo. Acerca de estas afirmaciones, podemos plantear que la transferencia, mediante la interpretación, es un tratamiento a ese clise, porque Freud decía que sobre el final del análisis se esperaba una intelección sobre el error en la persona del analista.

Ahora bien, la resistencia no cede su territorio tan fácilmente; como la palabra misma lo implica, se opone. Por eso Freud proponía que hacía falta una intelección sobre su mecanismo. Esto lo observamos cuando la interpretación conmueve el clisé de la pulsión, y en algunos casos emerge la vertiente del odio, de la hostilidad, aquello que denominamos “transferencia negativa”. Tal fenómeno sucede porque la resistencia se pone en acto. Uno de los principales escollos de este proyecto se ancla en ese punto, porque Lacan propone una vuelta sobre el tema en lo que conocemos con su ultimísima enseñanza, que queda por fuera de nuestro marco teórico, que sólo advertimos tras realizar todo el desarrollo de nuestro proyecto. Es en el capítulo del estudio de los testimonios del pase donde advertimos la necesidad de la clínica del no-todo para realizar un tratamiento al mecanismo de la resistencia, que se sostiene en el lado del todo de las tablas de la sexuación.

Antes de terminar el presente apartado, es importante resaltar que ambas vertientes: positiva —en tanto mociones eróticas que recaen en la figura del médico— o negativa —sentimientos hostiles ante su figura—, funcionan como resistencias en tanto operan obstaculizando el

tratamiento. La transferencia, en su rostro de resistencia, es tributaria de grandes problemas clínicos y existen innumerables textos teóricos que refieren a cómo tratarla. Lacan desliza el centro del problema de las resistencias al plantear que pertenecen al analista: sólo mediante el tratamiento de su posición se podrá dar lugar al deseo. Desarrollaremos más adelante este giro.

### 3. *Resorte pulsional, amor-odio de transferencia*

“Esta transferencia es ambivalente, incluye actitudes positivas, tiernas, así como negativas, hostiles, hacia el analista, quien por lo general es puesto en el lugar de un miembro de la pareja parental, el padre o la madre”. (Freud, 2004a, pág. 175)

En el apartado anterior resaltamos cómo Freud recupera el mecanismo de la asociación para hablar del amor de transferencia y, a su vez, de sentimientos hostiles hacia el analista; nuestra cita así lo señala. Podemos decir que, ya advertido de cómo se cuelan los efectos de fascinación hacia el analista, aclara que “los resultados curativos producidos bajo el imperio de la transferencia positiva están bajo sospecha de ser de naturaleza sugestiva”. (Freud, 2004a, pág. 177) Es decir, la sugestión tiene efectos, el problema es que son de corto plazo: produce rápidamente un alivio sintomático que no se sostiene en el tiempo. Esta inquietud se despliega en las preguntas que orientan el escrito “Análisis terminable e interminable”, publicado en 1937, donde desalienta creer en la duración de tratamientos que sólo movilizan transferencia positiva.

Amor y odio son dos caras de la misma cadena asociativa, pero Lacan va más lejos al proponer una primariedad del odio respecto del amor, invirtiendo la fórmula a odio-amor. En el comentario de Jean Hippolite, dice que “*Ausstossung*, el rechazo del Otro, es primordial en la constitución subjetiva”. (Lacan, 2003, pág. 373) Sobre esa expulsión en la génesis de la subjetividad se funda el circuito pulsional, en la separación de los unos, del significante impar, que incluye al odio y al amor. Se trata de un significante que no se reabsorbe en la cadena, que no es intercambiable. Volveremos sobre este tema más adelante, porque el estudio sobre el funcionamiento del significante impar nos sirve para ubicar cómo maniobrar en acto bajo transferencia.

Pero, antes de pasar a Lacan, la idea es explorar un poco más sobre el modo en que Freud abrió camino frente a las preguntas: ¿los análisis son terminables o interminables?, ¿hay un momento de concluir el recorrido analítico? Primero desarrolla un vasto estudio por los no finales de

análisis, las terminaciones, interrupciones, para diferenciarlas de lo que es un momento conclusivo, que va a depender de “lo rocoso de la conducta ante el complejo de castración”. Entonces, Freud plantea que el punto conclusivo del final de un análisis se corresponde con la actitud que el individuo adopta frente a la angustia de castración. Esta angustia varía según el sexo; en el hombre: *protesta masculina*; en la mujer *la envidia del pene*. Pero, en ambos casos, lo decisivo es qué pudo hacer el paciente con eso.

En los testimonios del pase veremos cómo los pasadores pueden dar cuenta del Otro que construían en su analista. Freud dice que “uno aprende que no es importante la forma en que se ubica la resistencia, si como transferencia o no. Lo decisivo es que la resistencia no permite que se produzca cambio alguno, que todo permanece como es”. (Freud, 2004b, pág. 253) Pues bien, si la resistencia es el resorte de la repetición, un cambio de actitud implica cierta cesión sobre la resistencia, sobre el horror que introduce la discordancia constitucional. Finalmente, fiel al estilo de quien abre camino al filo del no saber que la clínica expone, termina sobre un enigma. Dice:

“La desautorización de la feminidad no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran enigma de la sexualidad. Difícil es decir si en una cura analítica hemos logrado dominar este factor, y cuándo lo hemos logrado. Nos consolamos con la seguridad de haber ofrecido al analizado toda la incitación posible para reexaminar y variar su actitud frente a él”. (Freud, 2004b, pág. 254)

El autor retoma los relieves enigmáticos del asunto. Si hasta este momento planteaba que la angustia de castración era la piedra con la que uno no para de tropezar, la última frase abre un más allá de esa piedra: la feminidad como esa pieza fundamental, factor enigmático ante el cual sólo podemos esperar un cambio de actitud. Es decir, más allá de las figuras del impase para el hombre o la mujer, es con la desautorización a la feminidad que ambos sexos se la tienen que arreglar. Podemos interpretar la feminidad, ese enigma, como un agujero de saber en lo que respecta a la sexualidad. Este agujero no es lo no sabido, esas falsas asociaciones que articulan la cadena del inconsciente, sino una ausencia de saber sobre el sexo, un no saber dentro del campo de lo no sabido. No hay allí más revelación posible; en todo caso, sólo podemos esperar una variación de la actitud ante esa pieza ausente que es el enigma de la sexualidad. Posteriormente Lacan va a proponer un saber hacer con los bordes de ese agujero, un saber hacer que abra paso a la transferencia de trabajo, pero esta versión de la transferencia queda por fuera de nuestra investigación.

#### 4. *La presencia pulsional: “Nadie puede ser ajusticiado in absentia o in effigie”*

“Me atrevería a decir que es imposible hacer la teoría del psicoanálisis si no se admite que el psicoanalista es una formación del inconsciente”. (Miller, 2011, pág. 66)

Existe otro aspecto importante de la observación clínica que no queremos dejar de lado. En las investigaciones freudianas, encontramos que algunos pacientes dan cuenta de una presencia pulsional que excede a las asociaciones; se trata de momentos donde la cadena se detiene y aparece la acción: la transferencia salvaje. Encontraremos, en distintos momentos de la obra, la palabra “salvaje” para hacer referencia a fenómenos no alojados en la transferencia. El diccionario de psicoanálisis de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis dice: “Lo que Freud designa casi siempre como actuar es la repetición en la transferencia: el paciente ‘[...] por así decirlo, actúa (*agiert*) ante nosotros en lugar de informarnos [...]’ (1). Pero el ‘actuar’ se extiende más allá de la transferencia propiamente dicha”. (Laplanche, J.; Pontalis, J.-B., 2005, pág. 10) El mismo término es traducido al inglés como *acting out*, identificando bajo esta denominación una serie de manifestaciones clínicas que quedan fuera del dominio de la transferencia, es trabajo del analista reintroducir este material a las asociaciones libres.

El *agieren* es una presencia pulsional fuera de la transferencia, en el apartado de “La técnica psicoanalítica” dice: “Es muy indeseable para nosotros que el paciente, fuera de la transferencia, actúe en lugar de recordar; la conducta ideal para nuestros fines sería que fuera del tratamiento él se comportará de la manera más normal posible y exteriorizará sus reacciones anormales sólo dentro de la transferencia”. (Freud, 2004b, pág. 177) Sabemos que un análisis despierta pasiones; bajo transferencia se pone en acto una la lucha entre el intelecto y la vida pulsional. A Freud le interesó estudiar a quién se dirigen esos actos fuera de la transferencia, hacer hablar al paciente de eso en el espacio analítico. Volver a establecer los nexos que vinculan el actuar con la vida psíquica. Freud llega al punto de establecer una equivalencia entre el proceso del sueño y el despertar de las mociones inconscientes que fuerzan el actuar, ya que ambos procesos se pueden interpretar a la luz de las cadenas asociativas que los comandan. Hasta el *agieren*, acción en la ausencia de palabras, contrapunto a recordar, eso que se muestra fuera de la cadena es posible bajo transferencia de reintroducirlo. Así paso por paso se inventa una teoría que se escribe al ras de la experiencia clínica y sus impases. Cada texto citado tiene en su núcleo una inquietud sobre la praxis.

En “Sobre la dinámica de la transferencia”, Freud advierte que “es innegable que domeñar los fenómenos de la transferencia depara al psicoanalista las mayores dificultades, pero no debe olvidar que justamente ellos nos brindan el inapreciable servicio de volver actuales y manifiestas las mociones de amor escondidas y olvidadas de los pacientes; pues, en definitiva, nadie puede ser ajusticiado *in absentia* o *in effigie*”. (Freud, 1991c, pág. 105) En la traducción de J. Strachey encontramos una nota al pie que señala el vínculo entre esta cita y una de *Recordar, repetir y reelaborar* donde dice: “No es posible liquidar a un enemigo ausente o que no esté lo bastante cerca”. (Freud, 1991a, p. 154) El punto en común de ambas citas es el encuentro en un más allá de la repetición, algo que escapa a las asociaciones. Con Lacan esa presencia pulsional recibe el nombre de “objeto *a*”. En sus términos, Eric Laurent dirá:

“Lacan hace resonar este término, ‘presencia’, no sólo en lo que hay de representación, de re presencia, de re presentancia del psicoanalista, de estar en el lugar de otro, de tener esta máscara que lleva; en términos del pequeño esquema, cualquiera sea la máscara que lleve, hay una presencia subterránea de un objeto que atraviesa todo el análisis, que está allí desde el comienzo: o, como decía Freud, hay allí una presencia pulsional, que va a marcarse en el momento en que este texto se cierra”. (Laurent, 2008, pág. 29)

Un capítulo posterior desarrolla el concepto de objeto *a*, pero aquí se constata que Freud ubicaba al analista en la serie de los objetos pulsionales. En sus palabras, el paciente “insertará al médico en una de las series psíquicas que ha formado hasta el momento”. (Freud, 1975c, pág. 98) Incluso aclara que, para entrar en la serie de los objetos, el analista debe separarse radicalmente de cualquier ideal de analista, separarse del ideal de recordar todo lo que el paciente trae en sus dichos. Para hacerlo, propone lo que conocemos como “la atención parejamente flotante”, escuchar todo por igual, sin quedar fijado a nada específico del discurso. Es decir, no comprender. Cuando comprendemos, “en ese recordar, sólo ocurren errores en tiempos y en lugares donde uno es perturbado por haberse envuelto uno mismo, y, por tanto, quedó enojosamente a la zaga del ideal del analista”. (Freud, 1975c, pág. 112) Los posfreudianos escribieron múltiples tratados sobre las condiciones de objetividad que debe cumplir quien pretenda formarse en nuestra praxis, pero no lo tomaremos porque se alejan de lo que venimos trabajando. Seguiremos a Freud, que empuja en radical oposición al ideal poniendo en el horizonte “realizar una operación lo más acorde posible a las reglas del arte”. (Freud, 1975c, pág. 114)

Una frase que captó mi atención, cuando Freud dice que el analista debe darse por satisfecho con algo parecido a lo que propone Ambroise Paré: “Yo curé sus heridas, Dios lo sanó”. (Freud, 1975c, pág. 115) Ésta es una de las críticas fuertes de Lacan a la teoría freudiana, el lugar que le da a la verdad. Uno de los puntos más sorprendentes de la teoría lacaniana es equivocar el saber con la verdad, no suponerlos como sinónimos. En un análisis, el saber puede advenir al lugar de la verdad, pero hay tres lugares más donde puede estar, y depende de eso el efecto que produce. En la frase que Freud retoma, el nombre de Dios queda como una consistencia opaca de la que nada sabemos. En cambio, Lacan equivoca la frase para relocalizar el lugar del significante. Plantea que “decir que Dios ha muerto es protegerlo, y tendríamos que reemplazarlo por ‘Dios es inconsciente’” (Lacan, 2007a, pág. 67) Esto implica equiparar el significante dios a otros nombres del padre, que como todo significante tiene estofa de semblante. El lenguaje, en su estructura misma, no logra recubrir todo, hay algo innombrable. La experiencia de un análisis no se agota en lo simbólico, hay dos registros más. Lo simbólico es sólo la cicatriz que se inscribe sobre un imposible estructural, como dijimos, el enigma de la sexualidad, que hace que las cosas no encastran.

Entonces, si de algo nos curamos en un análisis, es de sostener con la vida misma los ideales, las nominaciones, las marcas simbólicas que el lenguaje deja en el cuerpo. La neurosis es la enfermedad de querer resolver el imposible estructural vía el sentido. El tratamiento que propone el psicoanálisis es crear “un reino intermedio entre la enfermedad y la vida, en virtud del cual se cumple el tránsito de aquella a esta”. (Freud, 1991a, pág. 156) El ideal mortifica, incluye la muerte al nombrar, y la transferencia es un medio para forzar el tránsito hacia la vida. En este contexto, podemos preguntarnos qué es la vida. Es decir, ¿qué hay en el horizonte de un análisis?, ¿el enigma de la sexualidad?, ¿la vida? Por el momento estas preguntas se mantendrán abiertas, es más, quizás lo mejor sea abstenerse de responderlas demasiado.

##### 5. *La cara libidinal de la transferencia*

“Libido es una expresión tomada de la doctrina de la afectividad. Llamamos así a la energía, considerada como magnitud cuantitativa —aunque por ahora no medible—, de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como ‘amor’”. (Freud, 2004c, pág. 86)

Si la transferencia crea el reino que va de la enfermedad a la vida, nos interesa ampliar sobre este último término. En la obra de Freud no encontramos otra referencia que nos ayude a

responder qué es la vida. Sin embargo, tenemos el concepto de libido para hablar de esa energía libre. Si bien en el artículo de enciclopedia titulado “Teoría de la libido” (1923) Freud dice que lo tomó del neurólogo alemán Albert Moll, quien lo había introducido a propósito de la sexualidad, en 1898, encontramos en textos previos a esta fecha el uso en Freud, por ejemplo en 1895 en un trabajo sobre la neurosis de angustia. Más allá quién haya usado el concepto por primera vez, lo que nos interesa resaltar es el lugar que le dio Freud y distinguirlo de otros autores, entre ellos de Jung, que pensaba que esta energía psíquica no tenía sus orígenes en la sexualidad. Lo dice así: “El nombre de ‘libido’ no significa en psicoanálisis (excepto en Carl G. Jung) energía psíquica lisa y llanamente, sino la fuerza pulsional de las pulsiones sexuales”. (Freud, 1992j, 247) Es decir que Freud insiste en que la génesis de esa fuerza es la sexualidad. Podemos tomar como referencia el apartado que le dedica el diccionario psicoanalítico de Laplanche y Pontalis, donde los autores señalan que la etimología de “libido” en latín es deseo, ganas, y que, si bien no encontramos un sentido unívoco del concepto, hay dos rasgos característicos que no varían a lo largo en su obra: el primero es que “se mantiene siempre el carácter sexual de la libido” (Laplanche, J.; Pontalis, J.-B., 2005, pág. 211) y el segundo es que “la libido se considera siempre, sobre todo, como un concepto cuantitativo”. (Laplanche, J.; Pontalis, J.-B., 2005, pág. 211)

Otra cuestión importante es el modo en que Freud agrupa las pulsiones a lo largo de su obra. Podemos diferenciar tres tiempos. El primero es un momento donde distingue entre hambre y amor, sobre cuya base se monta el instinto de conservación y el instinto sexual. El segundo tiempo lo encontramos en “Introducción al narcisismo”, donde unifica bajo el término “libido” la libido del yo y la objetal. Y el tercero, en los años veinte, cuando reintroduce el binarismo poniendo a la libido de un lado y distinguiéndola de la pulsión de muerte, por otro.

Cada una de estas últimas tiene una meta: “La meta de la primera es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón {*Bindung*}; la meta de la otra es, al contrario, disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo”. (Freud, 2004d, pág. 146) La meta de la pulsión es siempre la satisfacción. En un análisis, hay una satisfacción en asociar libremente, verificar que ciertas ligazones nos constituyen como sujeto. Pero la finalidad de la praxis es desligar esas junturas; por eso, en un principio, Freud atribuye el gran reservorio de libido al yo, pero luego, mientras desarrolla la segunda tópica, en *El yo y ello*, va a decir que al principio “toda libido está acumulada en el ello, en tanto el yo se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble. El ello envía una parte de esta libido a investiduras eróticas de objeto, luego de lo cual el yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor”. (Freud, 1992k, pág. 47) La novedad es plantear que

el yo no está constituido desde el comienzo, sino que emerge en un segundo tiempo, sobre una imagen narcisista. Entonces, cuando el sujeto habla en su análisis, habla de estas imágenes que cree ser, pero Freud propone en el ello una instancia de formas no cognoscibles, y dice que el reservorio de la libido está en ello. Así, la libido tiene un costado de ligazones que podemos representarnos mediante palabras e imágenes, y uno que no.

En el mismo texto Freud dice que el ello es “la más antigua de estas provincias o instancias psíquicas: su contenido es todo lo heredado, lo que se trae con el nacimiento, lo establecido constitucionalmente; en especial, entonces, las pulsiones que provienen de la organización corporal, que aquí [en el ello] encuentran una primera expresión psíquica, cuyas formas son desconocidas {no consabidas} para nosotros”. (Freud, 2004d, pág. 143) Ya en esta segunda tópica se introduce algo que no es absorbido por el sentido J.-A. Miller dice que es el intento de Freud de explicar aquello que posteriormente Lacan llama “lo real”. Un más allá del principio del placer. En *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, dice que “en esa fecha Freud les respondió con *El yo y el ello* y ya antes con el *Más allá del principio de placer*, esto es, con la idea de un inconsciente no reprimido, que inventó para dar cuenta de esta patología del ‘carácter’ (entre comillas)”. (Miller, 2011, pág. 141) Volveremos más adelante con el inconsciente no reprimido.

De lo dicho hasta el momento, nos sirve destacar dos puntos fundamentales: por un lado, el costado libidinal, que tiene su núcleo en el ello; y por otro, el lazo entre amor y el yo, que conforma otra instancia psíquica. El amor está pensado aquí como un afecto del yo, que da cuenta de un narcisismo logrado. Por este motivo, estará en el horizonte del tratamiento analítico liberar la libido que quedó atrapada en el yo, ya sea en su forma de pulsión de muerte o en el enlace yo-amor de la constitución subjetiva.

## Capítulo 2

# La transferencia en la enseñanza de Lacan

### 1. Lacan y los esquemas

“Enfermo estaba; y ese fue  
de la creación el motivo:  
creando convalecí,  
y en ese esfuerzo sané”.  
Heinrich Heine

El capítulo anterior habla de cómo invención de la transferencia trajo aparejado un nuevo modo de pensar el lugar del analista. Tanto la transferencia como el analista son elementos que ingresan en la cadena asociativa inconsciente del paciente. Freud demuestra que la organización corporal pulsional tiene su génesis en la sexuación. El amor en estos términos es un efecto de la cadena asociativa inconsciente, y conlleva cierta adherencia de una energía pasible de ser liberada del destino de repetición, que se llama libido.

Hicieron falta seis décadas para que esta enseñanza germinara en Francia de la mano del doctor Lacan, quien no se privó de reformular la teoría introduciendo sus propias observaciones. Comenzaremos con dos aportes que inciden en lo que entendemos por transferencia: el objeto *a* y lo real. Vamos a ver en este capítulo cómo pensar la transferencia a la luz del recorte del objeto *a* nos introduce en una lógica pulsional inseparable del cuerpo. En cuanto a lo real, si bien cobra todo su valor hacia el final de la enseñanza, quedando fuera de nuestro marco teórico, nos sirve de referencia para no perder la perspectiva de la investigación. Por ese motivo, no vamos a perder de vista cada vez que este registro aparece en estos primeros seminarios.

En 1960 Lacan dedica un año completo de su enseñanza a la transferencia, y cuatro años más tarde lo incluyó en un cuarteto de conceptos que denominó “fundamentales”. En ese momento,

ya tiene conceptualizado el objeto *a* y su propuesta es constatar la lógica pulsátil del inconsciente. Pero, antes de avanzar con los desarrollos de 1960, retomaremos algunas puntas que nos orientarán para entender el recorrido.

En fundamental tener presentes las tres categorías que introdujo en 1953, en una ponencia que recibe el nombre de la tríada: “Lo simbólico, lo imaginario, lo real”. Esta disertación se realizó en el marco de la primera reunión de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis (SFP), en el hospital psiquiátrico de Sainte-Anne. Son categorías que lo acompañarán a lo largo de toda su enseñanza. En *De la naturaleza de los semblantes*, Miller plantea que “una categoría es primero una cualidad atribuible a un objeto, lo que la convierte en una clase donde es posible colocar objetos de igual naturaleza”. (Miller, 2008, pág. 9) Entonces cada una de estas categorías se distingue por una cualidad específica.

El registro *imaginario* implica el modo en que captamos el mundo, siempre mediante *gestalten*, esto es, formas, imágenes. En el registro *simbólico* participa la metáfora, es decir que un rasgo sirve de nudo a distintos significantes, lo que permite la sustitución de uno por otro. Este registro incluye la falta; mediante palabras podemos indicar algo que no está, a diferencia del primero, donde los objetos tienen que estar presentes para que aparezca su representación, como reza el dicho: “ver para creer”. Por último, lo *real*, uno de los más complejos, porque no se representa mediante *gestalten*, ni mediante palabras. Se trata de algo que no se inscribe, pero afecta al sujeto.

En el segundo año del dictado de su seminario, advierte: “Confundir los registros imaginario y simbólico y creer que son la misma cosa nos lleva a un tipo de pensamiento mágico, a explicaciones oscurantistas”. (Lacan, 2001, pág. 164) Ahora bien, no alcanza con diferenciar estos registros para poder leer la lógica de un caso. Por este motivo Lacan, siguiendo a Freud, continúa una secuencia de esquemas donde se muestran los puntos de conjunción o disyunción entre registros, y los vectores que los sostienen.

### *1.1 Cuatro esquemas del aparato psíquico*

Si bien la idea de construir aparatos psíquicos para explicar el concepto de inconsciente es freudiana, Lacan la retoma en el Seminario 2, en un capítulo que Miller denominó “Los esquemas freudianos del aparato psíquico”. Presenta allí una secuencia de cuatro esquemas, que se corresponden con los recorridos donde la pulsión se satisface mediante el lazo al otro. Es muy enseñante advertir cómo ambos autores se sirven de hipótesis suplementarias para abrir

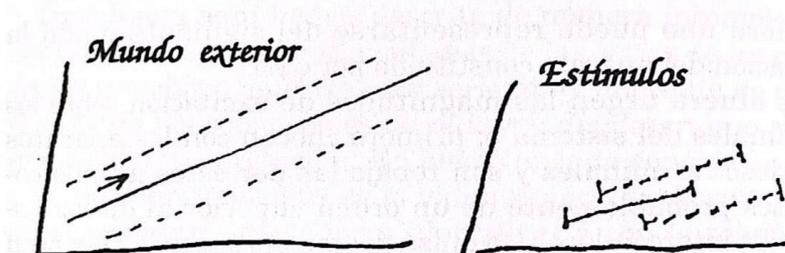
camino. Los esquemas indican la necesidad de una instancia psíquica que sirva para interpretar el mundo, los estímulos que vienen del exterior.

En sus palabras, Lacan dice: para que “el ser vivo no perezca cada vez, es menester que posea cierto reflejo adecuado del mundo exterior”. (Lacan, 2001, pág. 166) Entonces, tenemos una secuencia de dos esquemas freudianos, a los que se incluyen dos más. En cada salto de uno a otro, se introduce una novedad teórico-conceptual: primero, el inconsciente; luego, la dinámica libidinal, y, al final, lo que queda por fuera del principio del placer —en relación con el lazo al Otro—. Entonces, el primero es sostén del arco reflejo estímulo-respuesta, el segundo es producto de en la teoría de los sueños e introduce la lógica del inconsciente, el tercero da cuenta de la dinámica libidinal, tiene su germen en la teoría del narcisismo y el último introduce el más allá del principio del placer, sobre la diferencia de la pareja imaginaria a-a' y la simbólica S-A. (Lacan, 2001, pág. 168)

### 1.1.1 El aparato psíquico en el Entwurf. Primer esquema

En 1950 se publica en Londres, gracias a M. Bonaparte, A. Freud y E. Kris, un manuscrito que Freud había redactado en 1895, bajo el nombre de “Proyecto de psicología”, en alemán *Entwurf einer Psychologie*. Es un trabajo que quedó inconcluso y fue decididamente no publicado, ya que Freud mismo lo hacía objeto de fervientes críticas. En él presenta un esquema construido sobre bases neurológicas, tempranamente dejadas de lado por el autor. Sin embargo, Lacan lo retoma, no por las bases en neurología, sino por ser la primera vez que surge la necesidad teórica de un esquema psíquico para dar cuenta de la homeostasis en la que habita el sujeto. El aparato es el siguiente:

[Figura 12.]

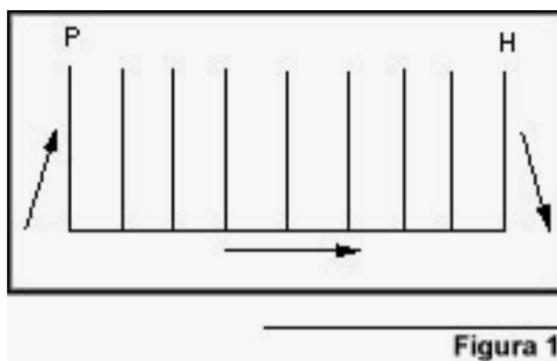


(Freud, 1992i, pág. 358)

La imagen es un sistema que “distingue en el aparato psíquico dos zonas: una zona de imaginación, memoria o, mejor aún, alucinación memorial, en relación con un sistema perceptual especializado como tal. La conciencia es aquí reflejo de la realidad”. (Lacan, 2008c, pág. 170) Entonces, si bien en este momento Freud no había conceptualizado el aparato psíquico del peine, Lacan sostiene que es el primer modelo de aparato psíquico, y se continúa de manera lineal, “sin siquiera sentir las diferencias” (Lacan, 2008c, pág. 174), con el que cinco años más tarde presenta en “La interpretación de los sueños”, texto fundacional del campo psicoanalítico, junto al concepto de inconsciente.

### 1.1.2 *La Traumdeutung. Segundo esquema*

En “La interpretación de los sueños” aparece un esquema que permite explicar cómo las huellas mnémicas participan del material onírico, si bien en el “Proyecto de psicología” ya planteaba tres cuestiones fundamentales: el desplazamiento y la sustitución como mecanismos prínceps para la formación del sueño, el cumplimiento del deseo como la finalidad de estos procesos, y el sueño como una reversión del funcionamiento en vigilia. La novedad, en este momento, es graficar un aparato del inconsciente que funciona mediante asociaciones que conforman una cadena de huellas mnémicas, matriz del sujeto para interpretar el mundo.



(Freud, 1991b, pág. 531)

Con la figura podemos imaginar “el aparato psíquico como un instrumento compuesto a cuyos elementos llamaremos *instancias* o, en beneficio de claridad, *sistemas*” (Freud, 1991b, pág. 530), que se funda en encuentros de simultaneidad entre huellas mnémicas y estímulos del exterior. Y establece el mecanismo de la asociación libre para hacer presentes esos encuentros.

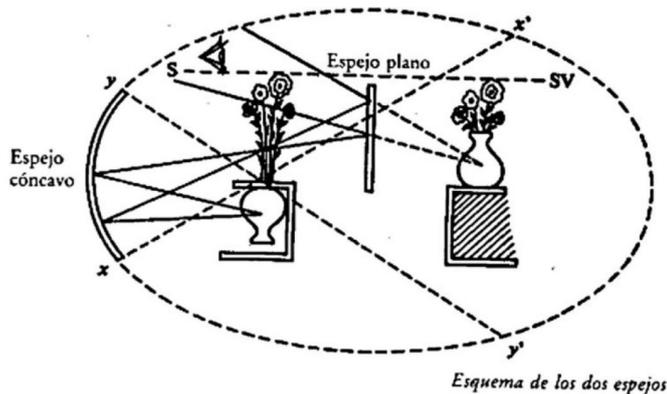
Así, el esquema del peine introduce una lógica de representaciones internas que tienen leyes propias, alejadas del mundo de la realidad. Cada diente es una representación que fija un afecto, resorte de futuras interpretaciones del mundo. El trabajo analítico es animar al paciente a asociar, con el propósito de soltar la representación del afecto que la fijó.

En este contexto, el “falso enlace” del que hablamos refiere a esa sustitución donde se elige al analista por el rasgo que quedó fijado, que se cristalizó en uno de los dientes del aparato. El analista lee el rasgo que se le atribuye en los dichos del paciente y maniobra en la transferencia, sin reproducir o fortalecer el mecanismo de la resistencia.

### 1.1.3 *Esquema óptico en la teoría de la libido. Tercer esquema*

Hasta este punto el esquema indica el lugar de las resistencias y las fijaciones en juego en el inconsciente. Ahora bien, la teoría libidinal agrega una lógica de investiduras, que Lacan introduce con un esquema que toma de la caja oscura que utilizan las cámaras ópticas. Es Freud quien plantea que hace falta un nuevo acto psíquico para que el narcisismo primario pueda pasar a investir objetos. En sus palabras: “Al principio, toda libido está acumulada en el ello, en tanto el yo se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble. El ello envía una parte de esta libido a investiduras eróticas de objeto, luego de lo cual el yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor. Por lo tanto, el narcisismo del yo es un narcisismo secundario, sustraído de los objetos”. (Freud, 1992k, pág. 47) Tomando este nuevo acto psíquico, Lacan, en 1938, propone el *estadio del espejo* como instancia inaugural para la constitución subjetiva. Es un momento anterior a la introducción en lo simbólico. Para que el leguaje nos devuelva una función, primero hay que identificarse con la propia imagen.

Entendemos que la captura de la propia imagen funda un yo. Ésta es la matriz con la que, quince años más tarde, en 1953, Lacan da una clase sobre el aparato fotográfico, ya que en ambos casos se trata del modo de aprehender imágenes. Según sus propias palabras, “las instancias deben interpretarse mediante un esquema óptico. Concepción que Freud indicó muchas veces, pero que nunca llegó a materializar”. (Lacan, 2008c, pág. 190)



(Lacan, 2008c, pág. 168)

Este esquema propone dos espejos que se corresponden con la relación entre la constitución de la realidad y la forma del cuerpo. A su vez, esta duplicidad se replica en dos narcisismos. El primer narcisismo se funda en la imagen corporal, en los bordes de su forma. “Este primer narcisismo se sitúa, si quieren, a nivel de la imagen real de mi esquema, en tanto esta imagen permite organizar el conjunto de la realidad en cierto número de marcos preformados”. (Lacan, 1975, pág. 193) El segundo sitúa la relación libidinal con el mundo: “Esto es lo que le permite ver en su lugar, y estructurar su ser en función de ese lugar y de su mundo. [...] su ser libidinal. El sujeto ve su ser en una reflexión en relación con el otro, es decir, en relación con el *Ich-Ideal*”. (Lacan, 1975, pág. 193) Para nuestro trabajo son muy importantes estas disquisiciones, ya que en su corazón introducen por primera vez el régimen de la economía libidinal, tema fundamental en nuestro estudio, sin perder de vista que éste va desde la caída del engaño del amor a la liberación de la libido.

Es evidente en el gráfico la estricta equivalencia entre el objeto y el ideal del yo, en un vector que introduce cierta inercia en el recorrido pulsional, una tensión imaginaria que fuerza siempre las mismas coordenadas. La pulsión afectada por el narcisismo en sus dos caras incide en la relación amorosa, y a su vez en la transferencia “la carga amorosa del objeto amado equivale, estrictamente, debido a la captación que el sujeto opera, al ideal del yo”. (Lacan, 1975, pág. 193)

Así, el dinamismo libidinal del yo queda instalado en la bipartición que esta identificación produce entre el yo [*moi*] y el yo [*je*]; el primero refiere a la identidad imaginaria y el segundo a la posición simbólica del sujeto. Se inscribe así una línea de fricción irreductible en el yo que obra asintóticamente en el devenir del sujeto. Podemos encontrar un eco entre la línea de

fricción que funda una discordancia estructural y los dichos donde Freud afirmaba que el yo no es amo en su propia casa, que algo se escapa en esa hiancia, en esa discordancia.

Ese yo de entrada en Lacan es dual; entre la constitución de la realidad y el cuerpo; entre el yo [*moi*] y el yo [*je*], no hay armonía, ni equilibrio. Dos cuerpos heterogéneos en permanente roce. Una línea irreductible que obra asintóticamente, es decir, “se acerca indefinidamente a una recta o a otra curva sin llegar nunca a encontrarla”. (Real Academia Española, “asintótico”, 30 de diciembre 2022) Entre estos roces y acercamientos se pueden perder los límites, pero éstos nunca se funden. Cuando esta línea pierde distancia, el esquema interpretativo se reduce a la certeza; a eso se le llama “angustia”. Por eso unos años más tarde, en el *Seminario 10*, Lacan dice que hay que sacarle a la angustia su certeza para aliviar del dolor subjetivo al paciente.

Es así como la distancia entre los yoes es medular para identificaciones secundarias; a su vez es el soporte del dinamismo libidinal y de los recorridos pulsionales que allí funcionan. El estadio del espejo precipita el sentimiento de unidad; parte desde la insuficiencia y llega a la anticipación de la imagen del cuerpo. Esto es constatable en su movimiento inverso, en lo que denominó la “desintegración agresiva del individuo”, donde la libido narcisista entra en relación con la función enajenadora del yo [*je*] y desprende agresividad en relación con el otro. Podemos ubicar en estas coordenadas el aspecto imaginario de la transferencia que implica la tensión entre el Ideal del yo y el yo Ideal en la bipartición del yo [*je*] y yo [*moi*]. Sólo la práctica del psicoanálisis reconoce ese nudo de servidumbre imaginaria que se sostiene narcisísticamente y hace un uso que permite “acompañar al paciente hasta el límite extático del ‘tú eres eso’, donde se revela la cifra de su destino mortal”. (Lacan, 2008a, pág. 93) Allí comienza el verdadero viaje.

#### 1.1.4. Esquema L. Cuarto esquema

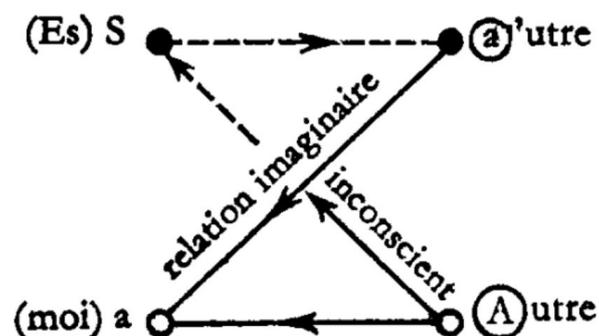
“El sujeto por otra parte entra en el juego en cuanto muerto, pero es como vivo como va a jugar, es en su vida donde tiene que tomar el color que anuncia ocasionalmente en él. Lo hará utilizando un set de figuras imaginarias”. (Lacan, 2005c, pág. 533)

Ya adelantamos el modo en que el sujeto constituye sus objetos, las investiduras libidinales que le atribuye. Ahora recorreremos el camino que le permitió a Lacan introducir el más allá del principio del placer en el esquema.

En un congreso de 1951, Lacan realiza una “Intervención sobre la transferencia”, donde analiza en detalle el caso de Dora para decirnos que “la transferencia no es nada real en el sujeto, sino la aparición, en un momento de estancamiento de la dialéctica analítica, de los métodos permanentes según los cuales constituyen sus objetos”. (Lacan, 2008b, pág. 204) Es en esos momentos de estancamiento donde se constata, se puede aislar, lo que comanda el circuito pulsional.

Este aspecto es central para nuestra investigación: identificar dónde aparece la angustia; los momentos en los que se interrumpe la dialéctica dan cuenta de qué significantes se servía el objeto para circular. El caso Dora es paradigmático porque le sirvió a Freud para hablar de la serie de los objetos de amor en torno al padre. Recordemos un poco; el padre tenía una amante, y el marido de su amante deseaba a Dora. Todo el circuito se sostenía, hasta que el señor K, en una conocida escena frente a un lago, le dice: “Mi esposa no es nada para mí”. Esta frase lanza a Dora al pasaje al acto, la deja fuera de la escena, y como reacción le pega una cachetada. Si su esposa no es nada para él, el cordón imaginario que enlaza a este hombre a su esposa se rompe junto al que une a su esposa con su padre. Se cae de la escena imaginaria.

Hace falta que el analista no interrumpa la lectura por sus propios prejuicios, que no reduzca al Otro a la forma imaginaria de la nostalgia de los amores de la infancia, sino que identifique aquello que interrumpió el esquema interpretativo, aquello que impide su funcionamiento. Allí se deduce la clave del deseo, las coordenadas sobre las cuales el sujeto construye sus objetos. En el volumen 4 de *La Psychanalyse* (1955), aparece el esquema L, que contempla el más allá del principio del placer. Un discurso estirado en cuatro puntos: “S, su inefable y estúpida existencia, a, sus objetos, a’, su yo, a saber, lo que se refleja de su forma en sus objetos, y A el lugar desde donde puede plantearse la cuestión de su existencia”. (Lacan, 2005c, pág. 531)



Estos ejes están en tensión permanente, entre roces y acercamientos indefinidos, sin fusionarse. Aquí, “el sujeto por otra parte entra en el juego en cuanto muerto, pero es como vivo como va

a jugar, es en su vida donde tiene que tomar el color que anuncia ocasionalmente en él. Lo hará utilizando un set de figuras imaginarias”. (Lacan, 2005c, pág. 533) Cuando habla del muerto, lo hace en referencia al punto de sujeción al lenguaje, ese rasgo al que el sujeto se identifica, que marca mortificando, condenando a la repetición. Miller dice que “la primera distinción que hizo Lacan fue entre sugestión y transferencia. Precisamente por eso construye su grafo con dos pisos, para poder mostrar el nivel inferior de la sugestión y el nivel superior de la transferencia”. (Miller, 2000, pág. 38)

En 1958, en el coloquio internacional de Royaumont, Lacan dicta una ponencia nominada “La dirección de la cura y los principios de su poder”, donde ubicará los sentimientos del analista en el lugar del muerto, ya que, si éste se reanimara, no se sabría quién dirige la cura. Se tratará de un carácter de abnegación, se niega a atribuir sentido a los dichos del paciente, lo que le posibilita dirigir la partida. De este modo, la privación de su ser le permite aparecer en acto.

En 1961, en el apartado “La presencia real” del seminario, encontramos una definición de la función del significante que nos sirve para circunscribir el lugar del muerto: “El significante no es simplemente hacer signo a alguien, sino, en el mismo momento del resorte significante, hacer signo de alguien, hacer que el alguien para quien el signo designa algo asimile ese signo, hacer que el alguien se convierta, él también, en dicho significante”. (Lacan, 2008, pág. 298) Esta primera aproximación al lugar del muerto encalla en el borde de alienación al significante, donde se introduce el más allá del principio del placer freudiano.

En este punto el inconsciente es el saber que se produce en un análisis, sobre la suposición de un sujeto, y la presencia del analista es instrumento del dispositivo para que el clisé se conmueva. Un poco más tarde, a la altura del *Seminario 10*, Lacan introduce la idea del inconsciente pulsátil, revelando su funcionamiento a partir de la hiancia, el equívoco; “ese saber es un texto bajo el texto, que embraga a partir de un agujero en la cadena del discurso corriente, de un equívoco”. (Lacan, 2007b, pág. 8)

## 2. *La puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente*

“Si la reproducción es una reproducción en acto, entonces hay en la manifestación de la transferencia algo creador”. (Lacan, 2008d, pág. 202)

Entre 1962 y 1963 Lacan presenta una fórmula renovada para pensar la angustia. Hasta ese momento, Freud había planteado que la angustia aparecía ante la pérdida primordial del lugar

privilegiado del lactante, como ya dijimos, *His the majestic the baby*. Pero en el Seminario 10 encontramos que la angustia se produce ante la presencia del objeto, no en ausencia de este. Se invierte así el orden lógico: ante la ausencia del objeto, su causa se sostiene, la pulsión circula; pero su presencia detiene el recorrido. Esto es el “objeto *a*”, un resto desprendido del complejo de castración, desprovisto de sentido. La neurosis es un efecto de sentido que se agrega al funcionamiento mudo de la pulsión. Así objeto e intencionalidad se separan: “En la intencionalidad del deseo, que debe distinguirse de aquélla [*noesis*], este objeto debe concebirse como la causa del deseo. [...] el objeto está detrás del deseo”. (Lacan, 2007b, pág. 114) Los posts freudianos insistieron en la unión del objeto perdido con los amores de la infancia; pero Lacan enseña que la pulsión no trabaja para recuperar el objeto perdido, sino para satisfacerse. La castración se encuentra en la entrada al lenguaje, y eso es un hecho de estructura. Esto da un aire fundamental a la teoría al inervar la satisfacción actual en cada recorrido pulsional y separarla de la repetición, de la propia historia. En una intervención realizada en las Jornadas de la ECF en Rennes, el 10 de julio de 2010, Eric Laurent dice que “Lacan esclarece de este modo los debates en los que el psicoanálisis se atascaba entre la transferencia en tanto repetición de la cadena significativa y la transferencia en el presente articulada con la puesta en juego del fantasma en la realidad de la sesión”. (Laurent, 2013, pág. 38)

Lo más interesante de estos desarrollos es verificar que la cadena asociativa que Freud pensó continúa teniendo actualidad; en cuanto al amor de transferencia, seguimos encontrando sujetos que demandan al analista contención, protección. Lo que subyace es el lugar del analista, que guiará hacia la carencia de sentido del objeto —causa de deseo—. Lacan empuja un poco más las cosas al proponer, a la altura del Seminario 11, que el amor enlaza esa ausencia que causa; es a partir de la falta que se ama.

Hay entonces dos evidencias clínicas que se nos presentan: por un lado, el automatismo de la cadena, que da cuenta de la articulación del sujeto con su goce, el clisé que se repite sin parar, del que hablaba Freud, y, por otro, la sorpresa del objeto cuando se presenta en acto. Esto abre una línea no explorada antes en el mundo psicoanalítico. Separar la transferencia de su vertiente de repetición para presentarla en relación con el ágalma, al amor, en tanto que el amor introduce lo nuevo.

Si bien sabemos que los psicoanalistas de todas las épocas han hablado del amor de transferencia, sólo tomaban su versión de repetición, el intento fallido de recuperar el lugar privilegiado en la relación filial. Lo que venimos desarrollando nos permite articularlo al fuera de sentido que introduce la hiancia propia del lenguaje. Esto es un aspecto estructural que tensa

un vector entre la falta primordial y el lazo amoroso. Si con Freud decimos que las mociones inconscientes empujan a actuar las pasiones, con Lacan podemos afirmar que “no es que el deseo se enganche al objeto de la pulsión, sino que el deseo le da la vuelta en la medida en que es actuado en la pulsión”. (Lacan, 2007a, pág. 251)

En esta línea, Lacan va a proponer que los efectos del tratamiento serán duraderos si la interpretación apunta a que el sujeto identifique a qué significante —entendiendo que significante no es equivalente al efecto de sentido que de éste se deriva, sino que se trata de un significante sin sentido— está sujeto.

En 1964 Lacan dice: “Yo sostengo que con el análisis —si es que puede darse un paso más— debe revelarse lo tocante a ese punto nodal por el cual la pulsación del inconsciente está vinculada con la realidad sexual. Este punto nodal se llama deseo, y toda la elaboración teórica que he llevado a cabo estos últimos años busca mostrarles [...] cómo el deseo se sitúa en dependencia de la demanda”. (Lacan, 2007a, pág. 260)

La realidad sexual del inconsciente es el modo en que el objeto se satisface, bajo la lógica del inconsciente pulsátil. El deseo es actuado en la pulsión, en un circuito incesante. Freud va a decir que “nadie puede ser ajusticiado *in absentia* o *in effigie*”. (Freud, 1991c, pág. 105) Y Lacan lo retoma para preguntarse, en el Seminario 11, si “¿acaso no se nos presenta la transferencia como efigie y relación con la ausencia? Sólo a partir de la función de lo real en la repetición podremos llegar a discernir esta ambigüedad de la realidad que está en juego en la transferencia”. (Lacan, 2007a, pág. 62) Es decir, el analista está advertido de que, cuando un paciente relata sus recuerdos, indica las marcas que están presentes en acto en la consulta, y la maniobra analítica consiste en inducir a un decir que lo responsabilice sobre su deseo. En este momento de la enseñanza, lo real indica la tensión entre el significante y la falta; más tarde, esto va a cambiar.

### 3. *El algoritmo de la transferencia y la inexistencia del SsS*

“La transferencia, lejos de ser efecto del inconsciente toma, por el contrario [...], más bien un lugar de causa. Por medio de la transferencia hacemos presente, movilizamos y ligamos al inconsciente”.  
(Miller, 2006)

El Sujeto-supuesto-Saber es una fórmula que propone Lacan en 1967 para dar luz sobre los fenómenos de la transferencia. En este contexto, plantea que lo primero en un análisis es la

transferencia. Desde que alguien se acerca y comienza a hablar, es porque supone que algo se producirá para sustraerlo del padecimiento. El analista, advertido sobre las leyes del significante, sabe que el Otro funda el discurso del inconsciente. Es decir que quien asiste a la consulta tiene una intención enunciativa, lo que nos viene a contar esconde su posición de sujeción al significante. Con Freud decimos “el yo no es amo en su propia casa”, y con Lacan podemos agregar que no hay amos en el mundo del lenguaje; uno se puede creer su propio yo, sin embargo, no lo es. Los significantes se instituyen en amos que comandan discursos, entre vectores de los que nada sabemos, a no ser que atravesemos la experiencia de un análisis.

En la “Proposición del 9 de octubre de 1967” se introduce la terciaridad del significante en el encuentro analítico. Va a decir que este algoritmo es el pivote para maniobrar en la dirección de la cura. Descarta así la relación dual analizante-analista, y los espejos imaginarios donde encallaban los analistas de la época. El significante introduce un error sobre la figura del médico debido a que el analizante se dirige al Otro de su propia cadena significante inconsciente. Es por esta lógica que, en “La dirección de la cura”, se pregunta si el analista aceptará aprovecharse del error en su persona, ese error que el analizante le transfiere. Finalmente responde: “La moral del análisis no lo contradice, a condición de que interprete ese efecto”. (Lacan, 2002, pág. 571)

Es por esta articulación clínica-epistémica que Miller advierte sobre la dificultad que le implicó titular los apartados del Seminario XI que abordan la transferencia, al ser una construcción que pivotea entre el SsS y la “realidad sexual del inconsciente”, recuperando lo libidinal en juego. Se trata de las vertientes que Freud indicaba: por un lado, la repetición sostenida por el mecanismo de la resistencia y, por otro, lo libidinal en juego.

Es importante destacar que, cuando Lacan formula el algoritmo de la transferencia, no vincula un S1 a un S2, sino que plantea un trayecto que va desde un S1 hacia un significante cualquiera. Ese significante cualquiera introduce el error en la persona del analista, dejando de manifiesto que su ser no tiene lugar en el dispositivo. Sólo vaciado de ser, puede sostener el error que se le deposita, permitiendo que el discurso eche a rodar. Tal como Lacan dice, “debajo de la barra, pero reducido al palmo de suposición del primer significante: la s representa el sujeto que resulta de él, implicando en el paréntesis el saber, supuesto presente, de los significantes en el inconsciente, significación que ocupa el lugar del referente aún latente en esa relación tercera que lo adjunta a la pareja significante significado”. (Lacan, 2012, pág. 267)

$$\frac{S}{s (S1, S2, \dots, Sn)} \rightarrow Sq$$

Arriba encontramos un significante que se articula a un significante cualquiera y por debajo el sujeto supuesto. El psicoanalizante se vuelve significante ante la suposición de un saber que estaría en el Otro, “la formación de vena, el sostén de nuestra praxis”. (Lacan, 2012, pág. 267) Desde esta perspectiva, lo que sostiene nuestra praxis en acto es esta formación de vena, que nada tiene en común con un concepto como el de contratransferencia o el rol del analista. Esta formación de vena es un algoritmo que hace funcionar el lazo de manera automática. Lo novedoso es la posibilidad de conmovier el algoritmo, de subvertir el discurso del inconsciente. Es más, Lacan propone que sustituir unos significantes, los que el analizante trae a consulta, con los que creemos mejores para el paciente según comités o debates, es cambiar un amo por otro. La subversión que propone Lacan respecto del discurso amo, del discurso del propio inconsciente, consiste en vaciar ese significante de sentido, anular la posibilidad de sustitución por otro significante.

El recorrido de vaciamiento, paradójicamente, se produce mediante nominaciones, como dice Eric Laurent: “Dar un significante privilegiado al inconsciente, indicarlo, produce un efecto de vacío”. (2008, pág. 7) En “El nacimiento del Sujeto supuesto Saber”, texto establecido en la Lacaniana 8, el mismo autor se pregunta por qué en el SsS un S1 se dirige a un significante cualquiera. Y subraya que quien más se aproximó al tema fue Régina Blanchet, al afirmar que este significante es una pregunta. Sin embargo, dice que “una pregunta no es un significante, es una marca diacrítica, es un punto de interrogación. Es más bien un lugar vacío”. (Laurent, 2008, pág. 7) El significante cualquiera es un poco de todos: es el amo que comanda el discurso del inconsciente; el rasgo por el que se elige el analista; también el significante que surge en relación con el síntoma. Pero lo más importante es que es “un significante cualquiera”, es decir, no es un S2 que cierra la cadena significativa y sutura el sentido. Es un significante que quita las garantías del discurso del “yo no comprendo”. Introduciendo al analizante en un universo sin certidumbres. Sólo así se podrá introducir algo nuevo, a condición de que el analista soporte ese vacío más allá del error, en su persona, bajo el principio del “yo no comprendo”.

El amor de transferencia se instala en estas coordenadas. El sujeto demanda un análisis bajo la suposición de que el analista tiene un saber para solucionar aquello que le sucede, aunque principalmente viene con su pregunta abierta, con su no saber expuesto. El analista autoriza en acto la experiencia, permitiendo que la transferencia revele su objeto: “El analista le dice al que

se dispone a empezar: ‘Vamos, diga cualquier cosa, será maravilloso’. [...] Y la transferencia se funda en esto, en que hay un tipo que me dice, a mí, pobre estúpido, que me comporte como si supiera de qué se trata. Puedo decir lo que sea y siempre resultará. Esto no le pasa a uno todos los días. Hay causa de sobra para la transferencia”. (Lacan, 2008f, pág. 55)

El objeto causa la transferencia y la pulsión. Por este motivo Miller va a decir: “Creo que se ha destacado más el Sujeto-supuesto-Saber en su elaboración, cuando lo que él quería acentuar es que la transferencia se concentra más en el momento en que se borra el Sujeto-supuesto-Saber”. (Miller, 2006b) En el *Seminario 11*, Lacan llama “presencia del analista” a estos instantes, donde lo que se borra es el SsS. Se hace evidente que allí lo que empuja un análisis es el deseo del analista, que insiste en apuntar hacia ese carozo no significante, tan extraño para el sujeto. Las maniobras en transferencia se producen porque el analista encarna el objeto de la pulsión, por lo que “el significante de la transferencia pone en su lugar lo que podría llamarse un régimen topológico del funcionamiento del objeto”. (Laurent, 2008, pág. 11) Del lado del analista, está “el deseo de obtener la diferencia absoluta, la que interviene cuando el sujeto, confrontado al significante primordial, accede por primera vez a la posición de sujeción a él”. (Lacan, 2007a, pág. 284) Es decir que lo que se revela al analizante es su propia posición de sujeción a ciertos significantes que se vinculan a su historia. Algo nuevo se produce cuando se desprenden los S1 que comandaban el discurso del inconsciente. No se trata de un S2, un saber de enciclopedia, sino de devolver al objeto de la pulsión su color-de-vacío.

En este punto Lacan se sirve de *El banquete*, de Platón, para sostener que “la única vía en la que el deseo puede librarnos aquello en lo que deberemos reconocernos como el objeto *a* en tanto que, en su término, término sin duda nunca alcanzado, él es nuestra existencia más radical, sólo se abre situando *a*, en cuanto tal, en el campo del Otro”. (Lacan, 2007b, pág. 365) Entonces no se tratará de recurrir al campo del Otro para reconocerse en un saber, como otras corrientes pregonan, sino de hacer entrar el deseo como causa en lo radicalmente innombrable. El amor, en esta lógica, está del lado de lo que se nombra, las palabras de amor son su soporte. Y la paradoja es que hace falta el vacío para que estas palabras se nombren.

#### 4. *El amor de transferencia*

“No hay amor sino de un nombre”. (Lacan, 2007b, pág. 365)

En 1969 Lacan establece un giro fundamental al proponer la inconsistencia del Otro: ya no se trata únicamente de que en el Otro uno no encuentra su nombre propio, sino que este Otro, en tanto tal, es inconsistente. Si el análisis consistía en nombrar de buena manera la falla sobre la que el sujeto arma su existencia, con esta torsión encontramos que con nombrar no es suficiente: el Otro, en sí mismo, está incompleto. Un análisis, si lo pensamos en estos términos, podría seguir infinitamente con intentos siempre fallidos de nombrar algo que indefectiblemente se va a escapar siempre.

Si el Otro advierte cierta consistencia, es sólo en la medida en que el neurótico lo hace existir. Encontramos a esta altura fases como “el neurótico es  $s(A)$ . Significa que el neurótico nos enseña que el sujeto es siempre Otro, pero además este Otro no es el bueno. No es el bueno para saber de qué se trata lo que lo causa, lo que él, el sujeto, causa”. (Lacan, 2008e, pág. 364) Entonces, el Otro es inconsistente por estructura y el SsS es un lazo que le da solidez. La orientación que apunta a vaciar los significantes amos introduce la inconsistencia provocando cierto atravesamiento también del SsS. El aparato psíquico queda del lado de las defensas que construye el sujeto ante el horror de castración: si antes el Otro era el tesoro de los significantes, ahora es el “lugar donde el saber se articula ilusoriamente como Uno”. (Lacan, 2008e, pág. 317) En este punto, no es sólo que el saber está del lado del analizante, sino que es una respuesta ante el horror de castración: más allá del horror de castración está el objeto como causa, vaciado de los imaginarios que la defensa propaga. Los desarrollos posteriores van a indicar que hay que interrogar el Uno en el nivel de la lengua, no del lenguaje, pero nuestra investigación no se extiende en esos territorios.

Incluso el amor toma otro estatuto a partir de 1972 en la enseñanza, pero a nosotros nos interesa el amor que entra en el dispositivo con función de engaño: “En tanto está sujeto al deseo del analista, el sujeto desea engañarlo acerca de esa sujeción haciendo amar por él, proponiendo *motu proprio* esa falsedad esencial que es el amor”. (Lacan 2007a, pág. 261)

Ya habíamos establecido que Freud inventó al analista y lo diferenció del médico por el lugar que ocupa en el inconsciente del paciente. Lacan es más radical con respecto al lugar del analista, propone un deseo decidido, un empuje que no supone un sujeto, la puesta en acto de la revelación del color-de-vacío del objeto. Lo dice así: “Si la transferencia es aquello que la pulsión aparta de la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto  $a$ , lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar”. (Lacan 2007a, pág. 281)

En 1985 Miller propone consignar los ensayos de la clínica psicoanalítica con el colofón C.S.T., que en francés podría traducirse como “Clínica bajo transferencia”, signo distintivo de la

praxis. (Miller, 1992, pág. 5) Con estas siglas pone en escena la vigencia del concepto, y las lecturas clínicas toman perspectiva enfatizando el lugar del analista en el dispositivo. Unos años más tarde, en 1990, dicta el curso “El banquete de los analistas”, donde se aborda de manera original la cuestión de la transferencia. Comienza diciendo que damos por hecho que “ningún amo está en condiciones de dominar el trabajo acéfalo del significante una vez lanzado”. (Miller, 2010, pág. 411) Podemos pensar que el trabajo acéfalo del significante es lo que conocemos como repetición, y en todo caso el amor que se sostiene sobre el narcisismo tiene borde de significante articulado. En el *Comentario del Seminario II*, G. Brodsky plantea que “será a propósito de la transferencia, en la dimensión crítica respecto del amor de transferencia, que Lacan va a introducir ese pivote que es el modo simbólico de considerar la transferencia, el sujeto supuesto saber”. (Brodsky, 1991, pág. 131) Un pivote tiene una parte que gira y otra no. La repetición es lo rígido.

Mas adelante nos serviremos de los discursos para pensar estos giros, por ahora sólo tendremos presente que en esta dimensión el analista se sostiene a condición de volverse un desecho: “Ahora bien, la explotación psicoanalítica de la transferencia debe estar sostenida, para decirlo rápidamente, por el deseo de terminar como un desecho. Y respecto de los que acuden a verlo, el analista sólo les dice que se queden el tiempo necesario para que se cumpla, de manera auténtica, su propio rechazo”. (Miller, 2010c, pág. 417) ¿Cómo realizar en acto el deseo de terminar como desecho en la operación del analizante?

La primera respuesta que uno puede aventurar, en relación con lo que venimos diciendo, es a partir de privarse de creer en el error que cae sobre su figura, privarse de los S2 que el paciente insiste en instituir; pero ante todo esta pregunta se responde en el análisis, sólo allí se puede verificar la posición que se tiene ante el ser. Por este motivo se inventó el dispositivo del pase. Sobre el final nos serviremos de algunos testimonios para localizar las maniobras donde el analista se desprende como desecho dejando al descubierto la mecánica que sostenía la transferencia.

## 5. *Los discursos y el analista*

“Para simplificarlo digamos que está la transferencia del lado de la alienación que se denomina Sujeto-supuesto-Saber, pero está también la transferencia del lado de la separación, del lado del objeto *a*”.

(Miller, 2000, pág. 83)

En 1969, Lacan termina su seminario señalando cómo el asunto de la sustancia sigue siendo un escollo al psicoanálisis: “Durante mucho tiempo se unieron el sujeto y el saber creyendo que todo saber implica un sujeto, mediante lo cual se desliza muy lentamente por añadidura la sustancia”. (Lacan, 2008e, pág. 364) Con el propósito de desprenderse finalmente de la sustancia, dedica un año al estudio de los discursos. Propone cuatro fórmulas, que tienen la particularidad operar aun sin palabras, fundando ciertas relaciones primordiales del lenguaje. Es un seminario que se acerca al hueso de la estructura, más allá de los enunciados.

El *Seminario 16* introduce una novedad respecto del Otro. Hasta este momento parecía que el sujeto sufría no encontrar, en el mundo de los significantes, aquel que mejor lo representara. A partir de este momento, el mundo de los significantes es inconsistente en tanto tal, no hay allí sustancia al ser, la pulsión se satisface con un plus de goce en el recorrido sobre la inconsistencia. En todo caso, lo que hay no es sustancia, sino un plus de goce. El goce del Otro es una respuesta neurótica a la inconsistencia. En este punto Lacan plantea el saber como medio de goce: “Hay una relación primaria del saber con el goce, y ahí se inserta lo que surge en el momento en que aparece el aparato que corresponde al significante”. (Lacan, 2008f, pág. 17) Entonces, diferencia dos caras del saber:

“Empecemos distinguiendo lo que llamaré en esta ocasión las dos caras del saber, la cara articulada y aquel saber hacer tan emparentado con el saber animal, pero que no está desprovisto, en el esclavo, del aparato que hace de él una red de lenguaje, y de las más articuladas. Se trata de darse cuenta de que esto, la segunda capa, el aparato articulado, puede transmitirse desde el bolsillo del esclavo hasta el amo, si es que en aquella época había bolsillos”. (Lacan, 2008f, pág. 20)

La cara articulada refiere a la cadena asociativa que conocíamos con Freud. Pero, cuando habla del saber hacer, en tanto aparato articulado, que es posible transferir, nos encontramos con otra cosa. Y termina diciendo que la repetición es repetición de goce.

Un año más tarde, introduce la idea de la subversión del discurso amo, que se produce vía el discurso del analista. Este es el único discurso que no tiene pretensión dominar, es más, es el único discurso que apunta a que el Otro pierda consistencia. Es decir, si el saber es goce del Otro, hacer inconsistir al Otro es mostrar su carácter de semblante. Propone entonces cuatro discursos, donde la estructura prevalece, indicando que cada uno produce un modo de goce distinto. Retomaremos el discurso del analista para localizar qué lugar le da al saber allí, evitando caer en el error, que, según el mismo Lacan, algunos de sus oyentes le atribuyen “lo

chocante, en efecto, en esta institución del discurso analítico que es el resorte de la transferencia no es, como algunos creen habérmelo escuchado, que sea el analista quien está situado en función del sujeto supuesto saber”. (Lacan, 2008f, pág. 38) Podemos completar que, cuando esto es así, sólo se incrementa la primera cara del saber, aquella que es articulación S1-S2, aquella que estalla en sentido. Abajo, en la misma página, dice: “El analista hace causa del deseo del analizante”. (Lacan, 2008f, pág. 39) Y presenta el discurso analítico:

$$\frac{a}{S_2} \longrightarrow \frac{\$}{S_1}$$

(Lacan, 2008f, pág. 29)

Como se puede ver, son cuatro lugares, que pueden ser ocupados por cuatro elementos. La idea es que la secuencia de los elementos permanece fija, lo que varía es el espacio que pueden tomar. El primer lugar es el del agente; desde allí se comanda el discurso. En nuestro gráfico de arriba, que refiere al discurso del analista, ese lugar está ocupado por el objeto *a*. La flecha indica a quién se refiere el discurso, el lugar del Otro, que en este caso lo ocupa el sujeto barrado. La presencia del objeto produce división subjetiva. Siguiendo el gráfico, lo que cae como producto en ese momento son los S1 que comandaban, quedando en el lugar de la verdad el S2, el saber de un tratamiento analítico. Encontramos así otro tipo de saber: “El saber, en cierto nivel, está dominado, articulado por necesidades puramente formales, necesidades de la escritura, lo que en nuestros días conduce a cierto tipo de lógica”. (Lacan, 2008f, pág. 50) Es un saber orientado por la lógica de la escritura, de lo que se escribe. Lo que se escribe no articula S2. En su texto “El brote amargo de bambú”, Graciela Brodsky plantea un deslizamiento en cuanto a la función del analista. Escribe: “Cuando el analista dejó de ocupar el lugar del Otro y pasó en cambio a encarnar el objeto con el cual el analizante jugaba la partida analítica, la función ‘deseo del analista’ quedó sustituida por la de ‘discurso del analista’”. (Brodsky, 2014, pág. 154)

En el *Seminario 18*, encontramos una referencia sobre el lugar del Sujeto supuesto Saber, donde insiste en poner en cuestión el saber del analista:

“Se comprenderá que plantee de cierta manera mis cuestiones sobre la transferencia en, por ejemplo, ‘La dirección de la cura’, que es un texto que veo con agrado que se estudia

en mi Escuela. Ocurre algo nuevo, es que en mi Escuela uno se pone a trabajar al modo de una escuela. Este es un paso bastante nuevo como para que deba ser señalado. Constaté no sin agrado que se habían dado cuenta de que en este texto no resuelvo en absoluto lo que es la transferencia. Precisamente, al decir el sujeto supuesto saber, tal como lo defino, queda intacta la cuestión de saber si al analista se le puede suponer saber lo que hace”. (Lacan, 2009, pág. 59)

Si volvemos sobre los discursos, encontramos que, para que se ponga en acto el discurso del analista, éste encarna el objeto del analizante; no hay saber allí, sino de la hiancia entre S1-S2. En todo caso, el analista ingresa haciendo causa del deseo del analizante, encarnando el objeto *a*, sostenido en la lógica de la escritura. Dice que “lo escrito mismo, en cuanto se distingue del lenguaje, nos muestra que el lenguaje se interroga desde lo escrito justamente en la medida en que lo escrito no lo es, pero que no se construye, no se fabrica más que por su referencia al lenguaje”. (Lacan, 2009, pág. 60) De este modo la referencia a lo que se escribe abre la posibilidad de pensar un saber hacer erigido sobre lo que se escribe, un saber que no deje por fuera la causa del deseo.

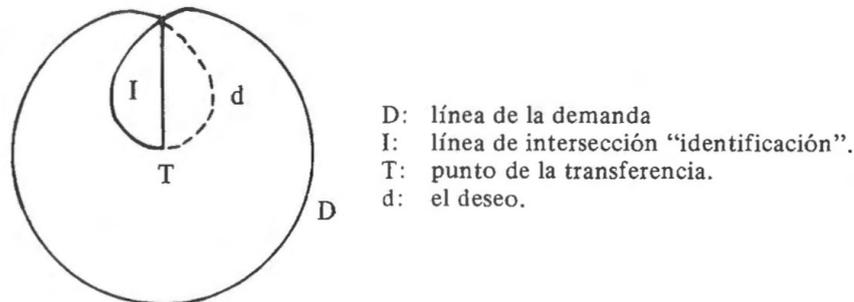
#### *6. Liquidación del engaño que produce el cierre del inconsciente*

“El sujeto al que se supone saber debería entonces suponerse vaporizado cuando cobra mayor consistencia. Si el término ‘liquidación’, por ende, ha de tener sentido, sólo puede tratarse de la liquidación permanente de ese engaño debido al cual la transferencia tiende a ejercerse en el sentido del cierre del inconsciente”. (Lacan, 2007a, pág. 275)

Lo primero a tener en cuenta para continuar es que “no hay grado cero de la transferencia”. Miller lo afirma, entre otras conferencias, en “Una observación acerca del atravesamiento de la transferencia”, donde hace un recorrido para demostrar la imposibilidad de atravesar la transferencia. En todo caso lo que se atraviesa es el fantasma, que se sostiene en las identificaciones fundantes.

Para desarrollar este punto nos serviremos del apartado “En ti más que tú”, donde Lacan propone un nuevo esquema. En esta ocasión, el gráfico representa una doble curva que se repliega sobre sí misma. Es la estructura de un ocho vuelto hacia sí mismo, lo que motiva su

nombre “ocho interior”. En palabras de Eric Laurent, “el famoso esquema del ocho interior que se pone en lugar de los círculos de intersección llamados de Euler”. (Laurent, 1998, pág. 215)



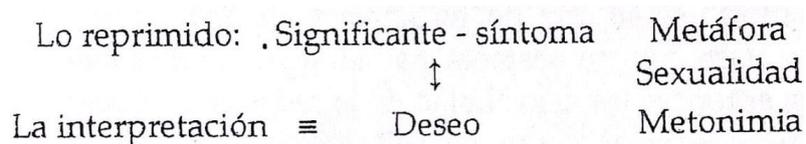
(Lacan, 2007a, pág. 279)

Este recorrido pulsional enseña la topología de la transferencia, donde la demanda de amor se esconde en la confluencia entre las identificaciones y el deseo. La interpretación, del analista apunta al deseo, a lo metonímico que se desliza en la parte de puntos —véase el gráfico—.

El analista entra en el recorrido pulsional bajo la marca de los ideales inconscientes. Cuando con su acto torna inconsistentes estos ideales, cae al lugar del desecho. En el gráfico también constatamos que en un punto la transferencia toca un borde del deseo. Este borde es quizás lo que toma predominancia luego de la caída de SsS, lo que imposibilita la vuelta a un punto cero de la transferencia.

Ya dijimos que el dispositivo del pase es una respuesta de Lacan que retoma la idea original de transferencia de Freud, donde el saber está del lado analizante, y él mismo puede dar cuenta del destino de esa insistencia pulsional sobre el final de un análisis. Con el dispositivo del pase, “se le exige al sujeto que la transferencia del saber la sostenga en su trabajo, en su propio trabajo. Sí, es un verdadero pasante sólo aquel que dirige su transferencia a su trabajo, aquel que espera de su trabajo su propio esclarecimiento que piensa que le está faltando, a él y a los otros”. (Miller, 1990, pág. 146)

Ahora volvamos al amor, que es nuestro tema de investigación. Laurent dirá que “la dimensión del amor en la experiencia puede volver a cero, puede haber una perfecta indiferencia con respecto al psicoanalista; pero, una vez introducidas relaciones con la presencia de lo sexual en la transferencia, ésta nunca vuelve a cero, como no lo hace la pulsión”. (Laurent, 1998, pág. 225) En la clase del 22 de abril de 1992, presenta un cuadro que nos ayuda a pensar el esquema del ocho interior:



(Laurent, 1998, pág. 228)

En todos los esquemas, gráficos y cuadros que venimos estudiando, siempre encontramos una intersección que no hace relación, un imposible, lo que irrumpe en la continuidad y que Freud llamaba “el ombligo del sueño”. En esta clase Laurent plantea dos murallas: “Ese es entonces el doble imposible por el cual camina el sujeto si se sigue el texto de Freud: que lo real no puede ser sexualizado y que en el principio del placer es imposible encontrar un objeto que satisfaga”. (Laurent, 1998, pág. 220)

Como el cuadro indica, la interpretación apunta al deseo en su forma metonímica. La sexualidad hace de impase entre la metáfora y la metonimia, a su vez entre el significante que domina el discurso del inconsciente y el deseo. Entonces, cuando Lacan dice que la transferencia es la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, incluye en la definición el impase de la sexualidad; por este motivo no se liquida la transferencia al final de un análisis, este impase no se puede eliminar.

La figura del ocho muestra claramente la transferencia en un punto, donde puede cerrarse sobre sí misma o hacer un recorrido que incluya lo que queda por fuera de las identificaciones, del amor en tanto cierre de sentido. No hay que confundir este amor que tiene sus bases en el narcisismo con el giro conceptual que Lacan le da en el *Seminario 20*, donde “el amor queda en relación al efecto de agujero, mientras que el deseo es solidario al efecto de sentido”. (Tendlarz, 2022, pág. 125) Y, si bien en los últimos años de Lacan no encontramos muchas referencias al concepto de transferencia, en *El ultimísimo Lacan*, Miller dice que se ubicaría en el nivel de los efectos de agujero. Pero estas elucidaciones quedan por fuera de nuestro cuerpo conceptual.

Ahora bien, volvamos a la diferencia entre metáfora y metonimia. En “Coger, comer, hablar”, Miller dice: “¿Qué se inscribe con la interpretación? ¿Cuál es la pasión de la interpretación? Más allá de que el analista hable —y en la interpretación habla— surge la pregunta por su deseo, y es precisamente esa pregunta la que pretende suspender el amor de transferencia”. (Miller, 2020, pág. 25) Traemos esta cita al trabajo porque en ella se verifica que el velo del

amor es sólo una capa, pero lo que en efecto sostiene que el paciente siga asistiendo a la consulta es la pregunta que tiene sobre el deseo del analista. En el fondo es el deseo del analista lo que sostiene los encuentros.

La metáfora necesita del Otro, de que los significantes tengan jerarquía; no valen todos por igual. En esos intercambios, funda sentidos nuevos, a diferencia de la metonimia del deseo, donde se ponen en serie los objetos, pudiendo ser intercambiables. Por eso el título del texto es Coger, comer, hablar... Una serie metonímica que podría continuar. La interpretación apunta a esa metonimia donde el deseo circula.

Nos dedicaremos a puntuar los desarrollos sobre el amor, el narcisismo, sus espejismos, para, paso a paso, desglosar el lazo libidinal en juego.

## Capítulo 3

### Hay amores y amores

#### 1. *Algo parecido al amor*

“Algo parecido al amor; así es como, en una primera aproximación, se puede definir la transferencia”. (Lacan, 2007a, pág. 80)

El amor tiene distintas características según la estofa del cordel con que se anude. Nuestra investigación pone la lupa en lo imaginario, en la imagen narcisista que devuelve el amor, pero sabemos que los cordeles son de tres tipos, que se corresponden con los registros: imaginario, simbólico y real. Entonces hay dos registros más para tener en cuenta.

En el *Seminario 20* Lacan habla de un amor que incluye, en el recorrido pulsional, el registro real. Con esta perspectiva, en el IV Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis Miller decía: “Me parece que el último Lacan dice otra cosa, si puedo decirlo, dice más bien: la transferencia es soporte del sujeto supuesto saber. [...] que lo que hace existir al inconsciente como saber es el amor. [...] El inconsciente primario no existe como saber. Para que devenga un saber, para hacerlo existir como saber, hace falta el amor”. (Miller, 2012) Hace falta el amor para que el deseo de saber advenga. Este amor no tiene nada que ver con el ser, es un amor que no se funda en el narcisismo, sino en el lazo entre saber y real. En el libro *El inconsciente enamorado*, Silvia Tendlarz dice que se trata de “un amor más allá de los embrollos del falo, una mediación entre el saber y el goce”. (2022, pág. 123) Tendremos este amor en el horizonte, ya que la orientación lacaniana es la orientación hacia lo real, aunque nuestra investigación tomará el amor en su cara simbólica. Se trata de aquello que se inscribe bajo las leyes de la asociación libre, de la metáfora.

Volvamos al *Seminario 11*, al vector que va desde el amor a la libido. En este momento Lacan se esforzaba en establecer el rasgo a-histórico del objeto de la pulsión. La repetición toma todo

el estatuto de una puesta en acto, no es una mímica sobre lo vivido, sino que se actúan las marcas inconscientes. El amor, investido de un semblante narcisista, sirve como garante fálico, asegura un lugar en el deseo materno. Por eso, Lacan indica que el final de un análisis consiste en atravesar los espejismos de las identificaciones, resquebrajar la escena imaginaria, cerrada de sentidos, para que algo nuevo aparezca. Pero, mientras se replica, el engaño del amor es un efecto de cierre del inconsciente. Este amor se aproxima a aquello que Freud identificaba, aquello atrapado en la cadena asociativa.

### *1.1 Al principio con Freud*

“Aun cuando tengan algún síntoma importante que les preocupa, que les arruina la vida, alguna compulsión descabellada, alguna fobia bien paralizante, alguna pareja de la que no logran deshacerse pese a las lágrimas que les saca, los desengaños que les ofrece, ¡pues bien!, sepan que, por algún rodeo, que su análisis les revelará, los satisfice”. (Miller, 2002, pág. 151)

El amor está desde el comienzo en la teoría psicoanalítica. Freud se encuentra con los sentimientos amorosos hacia el médico en sus primeros pasos. Trabajaba con el médico Joseph Breuer, con quien publicó *Estudios sobre la histeria* en 1893, cuando una paciente —con síntomas histéricos y “el elemento sexual estaba asombrosamente no desarrollado” (Freud, 1992b, pág. 47)—, al ser tratada mediante la técnica de la hipnosis produce una desmentida del síntoma arrojándose en los brazos del médico, asegurando estar embarazada y atribuyéndole la paternidad. De esta experiencia Freud recupera el interés por el estudio de las neurosis. Lo cito: “Solía decir Charcot que la anatomía, en líneas generales, ha consumado su obra, y que la doctrina de las afecciones orgánicas del sistema nervioso está, por así decir, acabada; y que ahora le toca el turno a la neurosis”. (Freud, 1992f, pág. 10)

Así, centró su interés en construir una teoría sobre las leyes psicológicas que animan los nexos en la vida anímica del individuo. En el prólogo a la traducción de *La sugestión de Bernheim*, señala que el mayor logro de la obra es haber despejado las rarezas del hipnotismo “anudándolas [las manifestaciones del hipnotismo] a consabidos fenómenos de la vida psicológica normal y del dormir”. (Freud, 1992e, pág. 81) Un año más tarde, en *Tratamiento psíquico*, muy al pasar compara la creencia de hipnotizado-hipnotizador con lo que sucede en la vida amorosa: “La conjunción de estima exclusiva y obediencia crédula pertenece, en general, a los rasgos característicos del amor”. (Freud, 1992c, pág. 127)

Entre la situación de Breuer con su paciente y lo que él mismo experimentaba con el método del hipnotismo, va construyendo una teoría que le permite dar cuenta de los nexos, de las leyes que comandan las asociaciones entre palabras. Su hipótesis principal es la de explicar el amor de transferencia mediante una cadena asociativa, que se llama “inconsciente”. Siete años más tarde encuentra en el mito de Edipo un soporte imaginario para indicar el momento inaugural donde un significante es sustituido por otro. Se sirve del mito para argumentar el nexo entre los acontecimientos de la infancia y los afectos actuales. (Posteriormente Lacan toma esta sustitución y la pone a la luz de la lingüística, para rescatar el movimiento de la metáfora, donde un significante es intercambiado por otro, con la concomitante pérdida que deja el mecanismo). En la carta 71 enviada a Wilhelm Fliess, Freud escribe:

“Nos rebelamos contra toda compulsión individual arbitraria [de destino], como la que constituye la premisa de *Die Ahnfrau* [de Grillparzer], pero la saga griega captura una compulsión que cada uno reconoce porque ha registrado en su interior la existencia de ella. Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión {esfuerzo de desalojo y suplantación} que divorcia a su estado infantil de su estado actual”. (Freud, 1992d, pág. 307)

Estas palabras evocan un momento germinal del inconsciente, ya que por primera vez habla de un monto de represión que diferencia el estado infantil de uno actual. Para el autor, el amor se cuele en un circuito que pretende recuperar el primer objeto de la infancia. Lacan se separa de esta idea y lleva el mito a su reducción mínima, que es el mecanismo de la castración, una pérdida constitutiva.

## 2. *El objeto a y la teoría sexual infantil*

“El amor de transferencia es la tentativa de recuperar esa pérdida a través del amor, es decir, hacerse valer como cosa preciosa”. (Miller, 2011, pág. 22)

Con su estilo de exploración exhaustiva, en un intento de sistematizar aquellas inscripciones que conforman los circuitos del aparato psíquico, Freud escribe la teoría de la pulsión, que es

una explicación sobre la energía que circula en el lazo a los objetos a lo largo de la vida. Es en los relatos de los pacientes donde identifica una sexualidad temprana de la primera infancia. Podemos imaginar el escándalo en su época cuando comenzó a escribir sobre estos temas. Ya en 1905 publica “Tres ensayos de teoría sexual”, donde plantea sin ambigüedades las inquietudes sexuales de los niños. Como si fuera poco hablar de sexualidad infantil, el mismo escrito sostiene una descentralización de la cópula como meta del recorrido pulsional, estableciendo que el coito no implica una satisfacción total de la pulsión, sino que la única posibilidad para la pulsión es satisfacerse parcialmente. Sobre la parcialidad permutan los objetos, sin que ninguna recubra totalmente la demanda. Entonces, hasta la relación sexual consumada entre dos cuerpos es siempre satisfacción parcial.

Así, vuelca su instigación a los primeros objetos, y dice que “no sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro”. (Freud, 1992g, pág. 203)

Diez años más tarde propone dos modos de vincularse, dos programas de goce: uno por apuntalamiento y otro por narcisismo. El primero se establece entre los objetos del mundo infantil y los actuales a partir de un rasgo; es decir, el sujeto se enamora de aquellos en los que encuentra un signo de nutrición o protección. Y cuando el encuentro se da por narcisismo, implica lo que uno fue o quisiera ser. Como podrán notar, ambos casos se sostienen sobre coordenadas simbólico-imaginarias, con la pregnancia de espejos que replican los primeros objetos, modos que tienen su raíz en el narcisismo.

En la 26ª Conferencia de Introducción al Psicoanálisis (1916) Freud establece que el narcisismo es un estadio universal y original sobre el que se monta el circuito pulsional, fundando el clisé de la transferencia, en su costado de repetición. Sobre el final de la misma conferencia define a la pulsión como “uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. La hipótesis más simple y obvia acerca de la naturaleza de las pulsiones sería ésta: en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse sólo como una medida de exigencia de trabajo para la vida anímica”. (Freud, 1992g, pág. 153) Entre lo anímico respecto de lo corporal, el amor se cuele en el recorrido pulsional. La genialidad freudiana es pensar la juntura de dos elementos heterogéneos, las palabras que nombran y lo libidinal. Esta juntura se sostendrá a lo largo de la historia en el psicoanálisis, ampliada por Lacan al introducir tres registros de diversos elementos que se anudan de formas inéditas cada vez.

## *2.1 Recorrido pulsional y objeto a*

“En cuanto a la pulsión, su acceso es todavía tan difícil —a decir verdad, tan inexplorado— que no creo que este año pueda hacer más que tocarla y únicamente después de que hayamos hablado de la transferencia”.

(Lacan, 2007a, pág. 27)

Llegamos con Freud al punto de una etapa inaugural del narcisismo que permitirá, en un segundo tiempo, poner libido en los objetos del mundo externos al propio cuerpo. Lacan da un paso más al decir que el objeto *a* es, en sí mismo, satisfacción. Retenerlo, entregarlo, devorarlo, incorporarlo, expulsarlo. Circuitos que podemos leer cuando usamos el recurso de la lógica y reciben el nombre de “goce”.

En 1962, Lacan, identifica que la angustia se desencadena ante la presencia del objeto. Es decir, en ausencia de aquello que encarna el objeto se habilitan recorridos pulsionales, que se nombran como insatisfacción en la neurosis. El objeto *a* es entre los objetos uno que no tiene par. Es un objeto irreal, que causa y es en sí mismo satisfacción.

Una de las diferencias más radicales de Lacan con los posfreudianos es cuando unifica libido y pulsiones de muerte. En *Los divinos detalles*, Miller plantea que:

“Inventó un nuevo tipo de satisfacción que incluye en sí mismo su contrario, y este esquema muestra que no es retórico hacerlo. Cuando se busca de qué se trata este tipo de placer o de satisfacción, se encuentra un tipo de placer que conlleva su propia negación. Este funcionamiento general también se halla en el sentido antitético de las palabras en Freud, a saber, que *unheimlich* y *heimlich* no son solamente opuestos, sino que el mismo término puede querer decir una cosa y su contrario”. (Miller, 2010, pág. 141)

Si bien la técnica de la asociación sigue teniendo toda su vigencia, no buscamos reencontrar un objeto que se perdió en la infancia. Ya estamos advertidos que el objeto hace presente en acto lo que se pierde en la separación del campo del Otro. En este punto, el encuentro con el Otro es siempre traumático, siempre llega en mal momento, no hay uno más adecuado que otro. La repetición tiene su núcleo en la infancia, por eso todos sus recorridos son fallidos; podríamos decirlo al revés: el resorte de la repetición es pura infancia.

### 3. *La metáfora del amor*

“La significación del amor se produce en la medida en que la función del erastés —el amante—, como sujeto de la falta, se sustituye a la función del erómenos —el objeto amado— y ocupa su lugar”.

(Lacan, 2008d, pág. 51)

No es simple entender a qué se refiere Lacan cuando habla del amor como metáfora. Empezaremos con el *Seminario 5*, donde explica el funcionamiento de las leyes del lenguaje, particularmente de la metáfora: mecanismo de sustitución de un significante por otro. Estas sustituciones son equivalentes en el nombre del padre. Son modos de inscripción de aquellos significantes que comandan el discurso del inconsciente en una cadena que se repite. Lacan dice: “La función del padre en el complejo de Edipo es la de ser un significante que sustituye al primer significante introducido en la simbolización, el significante materno”. (Lacan, 2004, pág. 179)

En esta clase desarrolla tres tiempos del mecanismo. En un primer momento, el niño indiferenciado de su madre goza sin interdicción. En un segundo momento, se produce la separación de la madre —más tarde llamará este momento “la transformación del grito en llamado”—, donde algo interrumpe el gozo y se impone convocar al Otro para volver a sentirse completo. En esta separación irrumpe la pregunta inconsciente ¿qué me quiere el otro? ¿Que se espera de mí? La respuesta es aquel significante que sustituye el primer momento de gozo todo. Esa respuesta constituye un tercer tiempo en la lógica, conformando un significante que conlleva en sí mismo el objeto, el falo. Lacan lo dice así: “El elemento significante intermedio cae, y la S entra por vía metafórica en posesión del objeto de deseo de la madre, que se presenta entonces en forma de falo”. (Lacan, 2004, pág. 180) Este proceso deja como saldo la introducción de la terciaridad en la dimensión madre-hijo; la palabra entra como Otra cosa. Se abre allí la dimensión del inconsciente, juega su partida el efecto inductor del nombre del padre. Esta Otra cosa no es otro mundo, es un mundo en el mundo. Un análisis da cuenta del efecto inductor que ordena el mundo a nivel de lo inconsciente.

Ahora bien, en el *Seminario 8*, Lacan propone aplicar este mecanismo, el de la sustitución, para pensar el amor. Indicará que se trata de un intercambio entre el lugar del amante por el del amado. Trabajaremos en detalle esta sustitución, porque el vector amor-libido se asienta en estos desarrollos.

### 3.1 El banquete, de Platón

En sus clases del año 1960-1 Lacan estudia *El banquete*, de Platón, porque, según su perspectiva, es el texto fundante del campo del amor de transferencia. Si bien ya tomaba del mito de Edipo los procesos de sustitución que fundan el campo del Otro, este texto da al amor un lugar privilegiado, entre el objeto y la falta. Sólo decir “objeto” y “falta” bastará para saber que estamos hablando de la castración.

*El banquete* es un texto que Platón escribió sobre los años 385-370 a. C.; se trata de un convite entre cinco filósofos griegos que se disponen a realizar un elogio a Eros, dios del amor y la atracción. Cada comensal despliega un discurso que pretende acercarse lo más posible a la verdad del dios elogiado indicando sus virtudes: la belleza —que finalmente queda puesta en cuestión—, su pureza, etc. Lacan lee el texto a la luz de los fallidos, el hipo de Aristófanes, la borrachera de Alcibíades. Mas allá de lo que se dice, la enunciación trae aparejado lo libidinal en juego y se puede leer en estos puntos donde la cosa no marcha. Finalmente, el psicoanálisis es eso, un discurso que aloja lo que no funciona.

En el convite, Sócrates introduce el vínculo entre amor y falta: “En primer lugar, el amor es el amor de alguna cosa; en segundo lugar, de una cosa que falta”. (Platón, 2007, pág. 61) El lazo amor-falta subyace en la asociación libre. En este momento podemos reemplazar la palabra “amor” por “saber”, ya que las condiciones del amor están en el registro simbólico, constituyen un saber, un  $S_2$ . No se trata del  $S_1$ , significante amo que comanda el discurso del inconsciente, sino de un  $S_2$  que se dirige al Otro.

En este seminario, Lacan rescata la fórmula de Diotima, según la cual, la doxa es dar la fórmula sin tenerla, en sus palabras, “la opinión verdadera, aunque no puedas dar razón de ella. Esto no implica ser sabio, ya que la ciencia ha de basarse en razones. Tampoco significa ser ignorante, ya que participar de la verdad no puede llamarse ignorancia. De esto surge que la verdadera opinión se sitúa en un lugar intermedio entre la ciencia y la ignorancia”. (Platón, 2007, pág. 64) Lo novedoso en Sócrates es que la ignorancia participa de la verdad y de la opinión verdadera. Lo que se ignora no por falta de inteligencia, sino que se trata de un imposible de entender.

Poder conocer todo es la ilusión del neurótico. El residuo que resta de la cadena significativa es el objeto  $a$  —todavía no conceptualizado en el *Seminario 8*, pero esbozado en aquello que recibe el nombre de “objeto parcial”— no puede ser nombrado en su totalidad. Sobre este plus, Lacan dirá: “Caracteriza a la doxa —dar la fórmula sin tenerla— y responde como un eco a la fórmula que aquí mismo damos como la fórmula del amor, que es precisamente dar lo que no

se tiene”. (Lacan, 2008d, pág. 155) Con esta premisa, amor y saber quedan del lado de la lógica articulada en permanente tensión con la falta.

Antes que Lacan, Karl Abraham proponía objeto parcial, sobre el cual el amor venía como ilusión a recubrirlo velando esa parcialidad. En cambio, Lacan lo plantea en términos de un objeto y su correlato libidinal, que “permanece más irreductiblemente investido en el propio cuerpo”. (2004b, p.429) Entonces, lo que no se tiene refiere a una parte libidinal en el propio cuerpo, que no hace equivalencia con objeto amado.

Este mismo año —*Seminario 8*—, introduce el falo como símbolo  $\Phi$ , un significante que falta a nivel estructural, un significante excluido del significante, que nunca podremos observar más que en un registro degradado, en el ejercicio donde los  $\varphi$  circulan como objetos. El  $\Phi$  introduce un más allá de la angustia de castración, que se aleja del intento de inscribir la relación entre la madre y el padre, separando del NP del símbolo fálico. En nuestra investigación encontramos al menos dos autores que identifican en distintos textos el origen de esta separación. Por su lado, Miller lo ubica a la altura de “La significación del falo”, donde “se ve al falo desanudado del Nombre del padre, y deducido de la relación entre el significante y el significado”. (Miller, 2008, pág. 298) Por su parte M. H. Brousse indica que, en “La ciencia y la verdad”, se produce la separación al proponer el falo como velo de la castración del Otro. Así, el falo  $\Phi$  es un índice que vela la castración del Otro, al modo del fetiche, con una irrupción de goce positivizado. (Brousse, 2003, pág. 65)

En el *Seminario 17* llega a plantear que el falo es siempre feliz. Y el goce fálico es un goce perfectamente cerrado que se corresponde con la marca que inaugura la repetición. Lo dice así: “La repetición es una denotación precisa de un rasgo que he extraído para ustedes del texto de Freud como idéntico al rasgo unario, un palote, un elemento de la escritura, un rasgo en tanto conmemora una irrupción del goce”. (Lacan, 2008f, pág. 82) Al hablar de Eros sigue sosteniendo que “nuestra tradición lo plantea tal como es, Eros, la presencia de la falta”. (Lacan, 2008f, pág. 81) Pero termina preguntándose si, en el corte que opera entre libido y naturaleza, se puede pensar un goce que no sea fálico: ¿puede haber un goce que no tenga semblante fálico? Las clases que siguen fueron tituladas por Miller con el nombre “Más allá del complejo de Edipo” y las dedica a formalizar un discurso que no sea de dominación. Si bien lo desarrollos se extienden una década más, nuestro recorte metodológico llega hasta este punto.

### 3.2 El agalma. La terciaridad

“El problema del amor nos interesa en la medida en que nos permitirá comprender qué ocurre en la transferencia —y, hasta cierto punto, a causa de la transferencia—”. (Lacan, 2008f, pág. 81)

Ya dijimos que el mecanismo de la sustitución en la constitución subjetiva deja como saldo un significante amo que funda el discurso del inconsciente. Ahora bien, Lacan toma este mecanismo también para pensar el pasaje de la posición de amante a amado. Lo dice así: “La significación del amor se produce en la medida en que la función del erastés, del amante, como sujeto de la falta, se sustituye a la función del erómenos, el objeto amado, y ocupa su lugar”. (Lacan, 2008f, pág. 51) La metáfora se aleja de su función estética, en retórica, para aproximarse a la lógica. El significante del amor es la juntura del *a* y el Otro.

En este contexto, Lacan recupera el concepto del agalma, extraído de la poesía griega. Lo importante para tener en cuenta es el giro radical que da la conversación en el banquete cuando Sócrates, al recibir los elogios de Alcibíades, plantea que no le habla a él, sino a Agatón. El giro incluye a un tercero, el amor no es dual; Lacan introduce una así la terciaridad. Esto es lo novedoso del planteo. En palabras de Lacan: “La temática del *Bien Supremo* queda sustituida por otra cosa, la complejidad, y, más precisamente, la triplicidad que se ofrece a entregarnos aquello en lo que hago residir lo esencial del descubrimiento analítico, a saber, la topología de la que resulta, en su funcionamiento, la relación del sujeto con lo simbólico como esencialmente distinto de lo imaginario y su captura”. (Lacan, 2008f, pág. 163) Salir de la captura de lo imaginario, pasar a leer en la topología.

En el prólogo de *El inconsciente enamorado*, M. Bassols plantea que “no hay resorte del amor sin la figura primera del amante, del deseante, que pone en juego una falta igualmente primera”. (Tendlarz, 2022, pág. 7) Es decir, la sustitución opera desde la falta primera, la posición de amante, deseante. Por eso muchas veces el recorrido de un análisis implica vaciar al sujeto de sentidos que obturan la posición *erastés*. Sólo así puede emerger alguna invención en el amor. En la conferencia “Lógicas de la vida amorosa”, Miller dice que “la vertiente más original del amor lacaniano es, al contrario [del amor repetición, en Freud], que el amor es invención, es decir elaboración de saber; que el amor es un modo de dirigirse al a a partir del Otro del significante”. (Miller, 2006a, pág. 17) Un análisis enseña que, cuando quedamos captados por la imagen de un objeto, el esfuerzo por nombrar eso nos lleva a un medio-decir sobre nuestras condiciones de goce. Medio decir, porque queda un lugar vacío sobre el que se erige el analista para hacer de la transferencia una causa.

### 3.3 *El amor, su esencia de engaño*

“El analista no tiene para dar más que lo que no tiene, y precisamente por eso es lo que espera de él, a saber, su amor”. (Miller, 2010, pág. 90)

La esencia de engaño del amor aparece desde los textos fundamentales del psicoanálisis. En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) Freud dedica un apartado al lazo intrínseco entre enamoramiento e hipnosis. Lo resume bajo la fórmula “el objeto se ha puesto en el lugar del ideal del yo”. (Freud, 2004c, pág. 107) El engaño implica suponer al Otro las características que el ideal del yo impone.

En este mismo capítulo diferencia la identificación del enamoramiento, destacando un enriquecimiento subjetivo en el primero y cierta servidumbre al objeto en el segundo caso. Y postula que los efectos de la hipnosis son comparables con esa pincelada de servidumbre que aparece en el enamoramiento. No ha de sorprendernos que en esta primera parte de su enseñanza se desacredite el registro imaginario por su cualidad de entorpecer el tratamiento de las identificaciones. En este momento los objetos son imaginarios, pero Lacan se destacó por inventar un objeto que no es equivalente ni intercambiable con otros. Miller diferencia los objetos de Melanie Klein de los de Lacan en tanto los primeros son intercambiados continuamente, son simétricos y en ellos se aparean las pulsiones de vida y muerte. Klein no le da predominancia al complejo de castración en su teoría, a diferencia de Lacan, que habla de los efectos estructurantes de la castración, que dejan por saldo un objeto privilegiado, que no es representable, más que de manera denigrada. Por este motivo el drama neurótico se da entre las paradojas del objeto y el Otro, siendo la hiancia el imposible irreductible entre ambos. En palabras de Miller: “En el lacanismo, en cambio, se trata de ubicar todos esos elementos simétricos en un mismo eje —el de la relación de objeto, el de la libido freudiana, el de la introyección/proyección kleiniana— y diferenciarlos de la relación del sujeto con el Otro”. (Miller, 2008, pág. 46)

Podemos advertir cómo la teoría va cada vez más lejos. El primero en introducir las dificultades para explicar la juntura de la sexualidad y el cuerpo fue Freud, que, inspirado en el *Fausto* de Goethe, dice: “En la sexualidad, lo más sublime y lo más nefando aparecen por doquier en íntima dependencia”. (Freud, 1992g, pág. 147) Al hablar del enigma de la sexualidad advertimos que sólo conocemos representaciones del objeto bajo la íntima dependencia al horror de castración. El amor en su cara de engaño funciona como velo, defensa ante el horror de castración, mediante la suposición de que el otro detenta un saber sobre uno mismo. En la

“Proposición del 9 de octubre de 1967”, Lacan llama “Sujeto supuesto Saber” a esta suposición. Es una arista del amor que encuentra su fundamento en la repetición, en el cierre del inconsciente. Se espera algo del Otro según las propias marcas inconscientes. Este es el fatal destino del que Lacan habla en los años setenta, y propone como contra punto, la valentía.

La experiencia analítica, a diferencia de otros amores, es la constatación cada vez que no hay Otro del Otro. Es una experiencia que no posibilita los circuitos de cierre del inconsciente. En sus palabras Miller, dirá que “es un final del análisis donde el descubrimiento del A, el descubrimiento de que no hay otro del Otro, da lugar, por el contrario, a una invención. Quizás sí, curarse del amor, pero del amor en tanto repetición”. (Miller, 2006a, pág. 20) Como ya lo habíamos trabajado en el capítulo anterior, cuando Lacan dice que se liquida el engaño, habla de los espejos en los que se refleja el cierre del inconsciente, el destino fatal. Lejos de eso un análisis introduce una respiración, al modo de Eolo.

### *3.4 El desengaño del amor*

“Debemos sin embargo poner en juego la agresividad del sujeto para con nosotros, puesto que esas intenciones, ya se sabe, forman la transferencia negativa que es el nudo inaugural del drama analítico”. (Lacan, 2005b, pág. 100)

Si Lacan en el *Seminario 8* insiste en el concepto de agalma, es porque allí se introduce la terciaridad por primera vez en la filosofía. Y va a proponer, un par de años más tarde, en el *Seminario 10*, tratar esta terciaridad revelando su costado de vacío. Ahora bien, la clínica nos enseña infinidad de dificultades que esto trae, por este motivo Miller dicta un seminario sobre “La transferencia negativa”. En su estudio minucioso desentraña las posibles derivas en las que podemos caer; dice: “Si cuando le supongo el saber a alguien lo amo, se podría uno preguntar si cuando se le desupone el saber a alguien se lo odia”. (Miller, 2000, pág. 15) Y responde que no es tan simple. Su propuesta es oponer al SsS la clínica de la sospecha.

La sospecha es por definición la desuposición de un saber en el Otro, y el problema que acarrea es la transferencia negativa. Miller plantea que, “apenas se establece la relación analítica, relación de supuesta confianza, sin embargo, casi inmediatamente el analista se torna sospechoso”. (Miller, 2000, pág. 18) Uno puede entrar en un análisis porque supone un saber al analista, del lado del SsS; o se puede elegir un analista como objeto agalmático por lo que no tiene. Esta segunda vía supone un ser del analista. Lacan nos dice que el odio se dirige al

ser; incluso llega a plantear que es una pasión lúcida, por desprenderse de la imagen, algo que el amor no logra (pensando el amor de la primera parte de la enseñanza).

Es interesante advertir que la transferencia será positiva o negativa según el modo en que el sujeto se relaciona con el objeto, que es el mismo. Si tomamos la operación de alienación y separación, del *Seminario 11*, podemos corresponder la alienación con el SsS, y la separación con la vertiente de transferencia negativa. Nos encontremos en un movimiento de inclusión o de exclusión, el objeto es el mismo. Por eso Miller dice que “Sujeto supuesto al Saber, que no es otra cosa que la significación de saber que se produce en el análisis. Lo que ubica la transferencia es eso precisamente, el resto es lo que aparece en la afectividad”. (Miller, 2000, pág. 49) De esta manera simplifica la lógica, se desenreda de los tonos del lazo. Es esperable tanto el amor como el odio en la transferencia. El relieve está en el resto que la operación analítica recupera como significación de saber, cuando se desprende el objeto o mejor dicho, se revela el vacío que lo causa. Lacan equipara ese vacío al enigma de la sexualidad del que hablaba Freud.

#### 4. *El amor y su lúnula*

Ya dijimos que la metáfora del amor en el *Seminario 8* es el resultado de la sustitución del amado por el amante, constituyendo allí un nuevo significante. Pero Lacan va un poco más lejos cuando en 1964 completa la frase, que había extraído de *El banquete*, donde Diotima decía que la doxa era dar lo que no se tiene. A lo que agrega: “De lo que se trata para un hombre, de acuerdo con la propia definición de amor, dar lo que no se tiene, es dar lo que no se tiene, el falo, a un ser que no es”. (Lacan, 2005, pág. 359) Completa en la superposición de los conjuntos con una lúnula que incluye el vacío. Entre “dar lo que no se tiene” “a un ser que no es” hay un núcleo de vacío. Lo novedoso del acto analítico bajo transferencia es que permite vaciar el efecto semántico del amor, ciñendo cada vez ese vacío.

En el *Seminario 10* inventa el objeto *a*, que incluye en sí mismo el vacío, para proponerlo como frontera entre el deseo y el goce, separándose definitivamente de aforismo freudiano según el cual “la anatomía es el destino”. Fuera de la anatomía, es la castración lo que introduce el malentendido estructural entre los sexos. Sobre el malentendido, dirá: “Sólo el amor permite al goce condescender al deseo”. (Lacan, 2007b, pág. 194) El amor en esta perspectiva sigue teniendo el valor de amor-sublimación, su estofa es simbólica, se dirige al Otro, aunque en cada intento encuentra el *a*. Entonces, ¿cómo lograr que el análisis funcione como caja de resonancia

del vacío que el objeto introduce? Para responder tenemos que volver al acto, en tanto es el único gesto que se significa a sí mismo, que no remite a un S<sub>2</sub>.

### 5. *El pago de la sesión analítica*

“Esto [la posición del analista es en efecto la de la nada] vuelve estructuralmente necesario en el discurso analítico el hecho del pago en la sesión, que tapona el efecto semántico del amor”. (Miller, 2010, pág. 172)

El efecto semántico del amor engaña la escena. En el último capítulo estudiaremos, a la luz de los testimonios del pase, cómo las coordenadas del amor envuelven imaginariamente la escena analítica, y es el acto lo que fuerza el desprendimiento del objeto. En el apartado anterior dijimos que el acto es lo único que se significa a sí mismo. En estas coordenadas el dinero, el pago de la sesión, entra en el dispositivo al servicio del acto analítico, quedando por fuera del valor de uso y cambio que en el mundo se le supone.

En *Tres segundos con Lacan*, Estela Solano-Suárez advierte que, en este contexto, el dinero entra en la lógica de la subversión del discurso capitalista. Hay que recordar que la característica del discurso capitalista es el rechazo de la verdad, de la castración del sujeto. El dinero es un objeto más de circulación que vela la castración. Pero en el discurso analítico apunta a la extracción del objeto, a la revelación de su color-de-vacío. El analizante trabaja y paga el valor de su propio trabajo, paga el precio de su letra de goce. Solano-Suárez recuerda que “el acto analítico pone al desnudo lo que funda esa economía sobre su vertiente más intolerable, puesto que se trata del goce”. (Solano-Suárez, 2021, pág. 25)

Su testimonio da cuenta de cómo el desprecio por el dinero servía de pantalla, donde predominaba el sentimiento de insuficiencia. Ubicarse como insuficiente recubría la falla estructural al lenguaje. Ya que no se trata de que ella es insuficiente, sino de que el lenguaje es insuficiente, no logra nombrar todo, y ese es un desarreglo estructural con el que el cada sujeto se la tiene que arreglar. En su análisis se conmueve la economía libidinal cuando en acto Lacan exige el pago por su goce. Atraviesa el falso imposible y habilita una posición deseante, que el semblante de desprecio por el dinero obturaba. Si volvemos a nuestro apartado sobre *la metáfora del amor*, podríamos decir que el análisis le permitió acceder a la posición de amante, *erastés*, sujeto deseante. Así enseña que la causa de amor es el inconsciente, y la transferencia es la invitación a encontrar una lógica para desenredarse de ese inconsciente.

El dinero, entonces, funciona como obstáculo al efecto semántico del amor. Esto se puede constatar en el caso de Estela Solano-Suárez, cuyo desprecio por lo monetario en favor de una esencia más pura era un modo histérico de sostener Otro. El uso que da Lacan al dinero no es el de valor de cambio en el mercado, donde los  $S_2$  son intercambiables. El dinero es puesto al servicio del acto del analista, revelado el vacío sobre el que se funda la experiencia de la neurosis. El analista no es el padre de Dora, no es un Otro gozador, que saca de esa experiencia un plus de goce. Y en este contexto el pago funciona como tapón ante el empuje del neurótico-analizante a hacer aparecer el Otro de su fantasma. Tapón o quizás pared, siguiendo a Lacan en *Hablo a las paredes*, que sirve de tope donde rebotan las resonancias de las marcas lenguajeras que soportan a ese Otro.

## Capítulo 4

### La vertiente libidinal de la transferencia

#### 1. *La liberación de la libido bajo transferencia*

Quedamos rebotando entre las paredes del objeto, en la soledad de los circuitos pulsionales, lo que nos lleva a la pregunta: ¿Qué pasa con el modo de vivir la pulsión cuando los circuitos pulsionales de la repetición son des-investidos libidinalmente?

En los textos de Freud se habla de la tensión entre la libido —oleadas de excitaciones sexuales no comprendidas— y los mecanismos de la represión, una batalla librada entre el mecanismo de la represión y la libido de las pulsiones sexuales. Su propuesta es restar potencia al mecanismo de la represión, dismantelar su funcionamiento, para conseguir un alivio sintomático de la neurosis. Liberar la libido del circuito de repetición pulsional. Pero no nos quedemos en un oscurantismo sobre el concepto; intentemos localizar, en la obra freudiana y en la enseñanza lacaniana, las torsiones que modifican nuestro entendimiento sobre el tema.

#### 1.1 *Con Freud...*

Sabemos que Freud se sirve del concepto de “libido” para indicar una energía que tiene su génesis en la sexualidad. Se trata de una energía que por los mecanismos de represión queda enlazada a recorridos de cadenas asociativas inconscientes. Dice: “Llamamos así a la energía, considerada como magnitud cuantitativa —aunque por ahora no medible—, de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como ‘amor’”. (Freud, 2004c, pág. 86) El psicoanálisis es un tratamiento del mecanismo de la represión. Entonces, si las identificaciones son aquellos representantes que se erigen como común denominador de investimento libidinal, son el blanco de las interpretaciones.

Es importante resaltar que, para Freud, “el nombre ‘libido’ no significa en psicoanálisis (excepto en Carl G. Jung) energía psíquica lisa y llanamente, sino la fuerza pulsional de las pulsiones sexuales”. (Freud, 2004e, pág. 247) Es conocida la distancia que lo separó de Jung, por querer eliminar la sexualidad como fundamento de la energía libidinal. Por su parte Lacan, en vez de distanciarse en esta idea de Freud, la usa para definir la transferencia como la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente.

Pero volvamos a la libido. El texto “Tres ensayos de teoría sexual” dice que “la libido narcisista o libido yoica se nos aparece como el gran reservorio desde el cual son emitidas las investiduras de objeto y al cual vuelven a replegarse; y la investidura libidinal narcisista del yo, como el estado originario realizado en la primera infancia, que es sólo ocultado por los envíos posteriores de la libido, pero se conserva en el fondo tras ellos”. (Freud, 1992g, pág. 199) En este momento el reservorio se encuentra en el yo, pero unos años después plantea que se encuentra en el ello. Este movimiento es fundamental, porque sabemos que la instancia yoica se caracteriza por ser pasible de identificaciones, es la parte que se nombra. En cambio, el ello es una instancia no representable. En 1914 plantea “una oposición entre la libido yoica y la libido de objeto”. (Freud, 1992h, pág. 199) Esta oposición es una lucha por el quantum de energía libidinal, que se distribuye; cuanto más se enriquece una, más se empobrece la otra, y viceversa. El texto establece que el yo no existe desde el comienzo de la vida, “las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya”. (Freud, 1992h, pág. 74) Sobre esa nueva acción psíquica Lacan escribe *El estadio del espejo*, como momento constitutivo del yo, desde donde se enlazarán la libido a los objetos.

Son dos momentos, en el primero la libido inviste el yo, y “sólo más tarde acontece, por apuntalamiento en la satisfacción de las grandes necesidades vitales, que la libido desborda desde el yo sobre los objetos exteriores; únicamente entonces estamos en condiciones de discernir las pulsiones libidinosas como tales y distinguir las de las pulsiones yoicas”. (Freud, 1975b, pág. 131) Entre libido yoica y libido objeto hay una profunda dependencia.

Unos años más tarde, ya en el *Más allá del principio de placer*, Freud desliza al ello la reserva de libido: “Al principio, toda libido está acumulada en el ello, en tanto el yo se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble. El ello envía una parte de esta libido a investiduras eróticas de objeto, luego de lo cual el yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor”. (Freud, 1992k, pág. 46) En este momento Freud vuelve a abrir la dicotomía, pero esta vez entre las pulsiones de vida —a las que les atribuye la energía libidinal— y de las de muerte —que tienden a lo inanimado—. No

hay en esta dicotomía un equivalente en las pulsiones de muerte a lo que es la libido para las de vida.

Sobre el final del texto encontramos una referencia al discurso de Aristófanes de *El banquete*, de Platón. La fábula cuenta que al principio no existían los dos sexos, que sólo había una sustancia viva, que fue desagarrada en dos por los dioses como castigo por un pecado. Esta sustancia dividida en dos tiende a buscar su par para hacer uno. Sobre este mito dirá que podríamos tomar como referencia del empuje de las pulsiones sexuales la recomposición de este desgarramiento inicial, dando una imagen mítica a la repetición. Pero, finalmente, le resta valor por falta de evidencia. En el *Seminario 11*, Lacan propone una superación de la fábula. Pero antes de llegar a ese punto desarrollaremos los momentos de la libido a la luz de los paradigmas del goce, que nos sirven de mojones para llegar a este punto.

## 2. *La libido y los paradigmas de goce*

Fue un desafío encontrar el modo de explicar los distintos momentos en que Lacan habla de la libido, en principio porque cada nuevo giro que da en su enseñanza implica un nuevo tornasol en cada concepto. Pero necesitamos ubicar los modos en los que la pensó para dar cuenta de nuestro vector amor-libido. Advertimos que podíamos servirnos de la clase de Miller llamada “Los paradigmas del goce”, publicada en el libro *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, por la correspondencia en un momento de la enseñanza entre las nociones de libido y goce. Nos serviremos de estos paradigmas para esclarecer nuestro concepto.

### 2.1 *La libido imaginarizada*

En el primer paradigma, goce y libido tienen un estatuto imaginario; no provienen de la palabra, del sujeto dividido, sino de la tensión de las impresiones imaginarias con el espejo. En este punto la libido proviene del reservorio del yo. Lacan lo escribe con el vector  $a-a'$ , es un momento donde “todo lo que en Freud es libidinal está implicado en lo imaginario, en el goce imaginario como obstáculo, como barrera, lo que hace que Lacan presente dos ejes cruzados: el eje del goce imaginario atraviesa el eje simbólico, como obstáculo o barrera a la elaboración simbólica”. (Miller, 2011, pág. 226) Lo imaginario es una inercia que vuelve al mismo lugar cada vez.

En el retorno a Freud, se aborda la pasión imaginaria desde el punto del amor propio. Cuando se dice que alguien “no ve más allá de sus propias narices”, se evoca la lógica del narcisismo, según la cual el sujeto inviste libidinalmente sus objetos a partir de su propia imagen. Esto quiere decir que el sujeto no puede aprehender en su deseo nada que esté más allá de su propia nariz, ya que apenas la ven “se enamoran de ella, y esto es la primera significación por la cual el narcisismo envuelve las formas del deseo”. (Lacan, 2002a, pág. 410) De esta manera divertida, nos enseña que nuestro universo libidinal se limita a las coordenadas del enamoramiento con el propio cuerpo. Es con esta significación primera que el narcisismo envuelve los objetos externos del mundo.

## 2.2 *La libido significantizada*

El segundo tiempo comienza en el *Seminario 5*, donde la libido se inscribe en el significante. La energía libidinal queda localizada en el significante fálico, que es metáfora del deseo. El falo concentra la consistencia libidinal. Este momento se corresponde con el segundo paradigma: la significantización del goce. Miller dice:

“Con el primer paradigma Lacan abreva en la enorme reserva imaginaria, luego convierte todo lo que es libidinal en imaginario y a continuación transforma lo imaginario, muestra su consistencia y su articulación simbólica. La transferencia, por ejemplo, que en un primer momento estaba referida al goce imaginario, en un segundo tiempo se encuentra desplazada sobre el eje simbólico”. (Miller, 2011, pág. 227)

Durante estos dos años Lacan insiste con el deseo, y propone el mecanismo de la metáfora para dar cuenta de la constitución subjetiva: “La teoría analítica se apoya entonces por entero en la noción de libido, en la energía del deseo”. (Lacan, 2007d, pág. 12) La libido es la energía del deseo y se corresponde con lo que el significante no llega a capturar.

## 2.3 *Lo irreductible de la libido*

Luego pasa al tercer paradigma, que es el del goce imposible, un momento donde el acceso al goce se da por cierto franqueamiento de lo simbólico. En este paradigma la *Cosa* freudiana toma todo su relieve. Introduce algo que está más allá del principio del placer, y lo grafica con el modelo del vaso. El vaso es significativo que sirve de borde al vacío central. En esta lógica el vacío es la *Cosa*. Los objetos llenan el vaso, sin representar esa *Cosa*, que se presenta como nada, como “nihil”. (Lacan, 2007c, pág. 151) La *Cosa* “es la parte de lo libidinal que no está tomada en las redes de lo simbólico, es la parte de la libido que no está anulada y que no es vehiculada en forma de significante”. (Miller, 2008, pág. 241) Este seminario introduce un *real* que escapa al significante, que se define como vacío. Miller afirma que “se ve bien la oposición entre la libido transcrita como deseo, que figura entre los significantes, y la libido como *das Ding*, que aparece fuera de todo significante y significado”. (Miller, 2011a, pág. 233)

Es una libido masiva, irreductible, que tiene una satisfacción directamente con el objeto.

El *das Ding* freudiano viene a reemplazar lo que era el *Bien supremo*. Se trata la *Cosa* que queda fuera del juego de presencia-absencia; esta unicidad le permite a Lacan unir la libido yoica con la de objeto. La libido se satisface en el acceso directo al objeto. Miller dice que “la libido llega a encontrar su satisfacción en objetos. ¿Cómo distinguirlos primero? Sencillamente, masivamente, y, a decir verdad, no sin dejar de abrir un campo de infinita perplejidad, los distingue como objetos socialmente valorados, objetos que el grupo puede aprobar en la medida en que son objetos de utilidad pública”. (Lacan, 2007c, pág. 117)

En *El partenaire-síntoma*, Miller establece un cuadro donde se pueden ver las dos caras de la libido:



(Miller, 2008, pág. 243)

La libido queda en el gráfico como un concepto fronterizo, entre lo que responde al significante y lo que está más allá. No nos sorprende que, en este paradigma de la masividad, introduzca por primera vez el falo escrito en mayúscula  $\Phi$ , como símbolo. Podemos constatar cómo en los

primeros tiempos goce y libido se confunden, y junto a este último paradigma, del que estamos hablando, que introduce el *das Ding*, se diferencian.

#### 2.4 *La libido como órgano, el mito de la laminilla*

“El objeto *a* es, por el contrario, lo que responde a la noción de que el deseo no se agota en su función de significado del falo”. (Miller, 2019, pág. 338)

El cuarto paradigma es el del goce fragmentando. Si en el *Seminario 7* se accedía al goce masivo mediante la trasgresión, en el seminario de “Los cuatro conceptos fundamentales” encontramos un modo acceso a fragmentos del goce. Es un modo de aproximación más sutil. Es un esfuerzo por demostrar que el significante y el goce son conceptos afines; no se agrega uno al otro, sino que funcionan integrados. Es un seminario donde inconsciente y pulsión tienen las mismas coordenadas. Es decir, el inconsciente es la pulsión y viceversa.

Lo que produce la ruptura, el pasaje de un paradigma a otro, es la invención del objeto *a*. Un objeto ausente por excelencia, que se satisface en los recorridos de la pulsión. El *das Ding*, la *Cosa* es un real que se introduce en el movimiento de presencia-ausencia del lenguaje. Cada objeto que viene a ocupar ese lugar es inadecuado. La libido es aquí un objeto matriz de investimento de otros objetos.

En 1964, a pedido de Henri Hey, se publican los aportes que Lacan había realizado en el congreso de Bonneval en 1960 con el nombre *Posición del inconsciente*. Estos aportes son contemporáneos al seminario de los conceptos fundamentales. Allí define a la libido como un órgano irreal. Lo “irreal no es lo imaginario, y precede a lo subjetivo condicionándolo, por estar enchufado directamente en lo real”. (Lacan, 2002b, pág. 826)

Si con Freud habíamos llegado hasta conceptualizar la libido como la energía de las pulsiones sexuales, separadas de la de muerte, con Lacan damos un paso más, en dirección a diluir la dicotomía vida/muerte y proponer a la libido como un órgano que las integra. Sabemos que la teoría se encamina a conceptos monistas, y la libido no escapa a esta tendencia. En el mismo texto plantea que la libido “representa aquí esa parte del viviente que se pierde al producirse éste por las vías del sexo”. (Lacan, 2002b, pág. 826) Esto le da un sentido mortífero también. En términos de Miller: “Esta operación compleja remite a la vez a la libido y a la muerte, consiste en mostrar que esta última no es en absoluto privativa de la pulsión de muerte, sino que también está presente en las pulsiones sexuales, en las pulsiones de vida, y, simétricamente,

la libido está presente en la pulsión de muerte”. (Miller, 2011, pág. 326) Entonces toda pulsión es pulsión de muerte también, porque la letra mata, dejando un sentido mortífero y un resto que causa, un objeto parcial.

La extracción del objeto *a* le permite a Lacan integrar en un concepto ambas tendencias. Porque la letra, por un lado, mata la diferencia —todos tenemos que pasar por ese proceso para ingresar al lenguaje—, pero por otro se recorta un resto, que es causa. Así la pulsión tiene un sentido mortífero y uno de vida.

En *El banquete de los analistas*, Miller afirma que, “si aislamos este campo de la realidad, puede decirse que está hecho en cada uno de sus puntos por una traducción de libido —retomemos el término freudiano— en significante. Y si en lugar de libido escribo goce reconocerán una traducción de goce en significante”. (Miller, 2010c, pág. 361) El campo del saber es equivalente al campo de la realidad, que son indisociables, en el plano de lo inconsciente, de la traducción que el significante produjo en la libido y goce.

Nosotros establecimos que Freud definía a la libido como la energía de las pulsiones sexuales, y se servía en la lectura de los casos para identificar dónde estaba puesto este quantum. Esto nos podría inducir a la confusión de pensar que la libido tiene un rasgo fluido, pasible de ser repartido entre los objetos o el yo. Pero Lacan plantea que no es conveniente pensarla así y la propone como órgano, en dos sentidos: “El órgano como parte del organismo y el órgano-instrumento”. (Lacan, 2005, pág. 194) En cuanto al organismo, podemos hacer la lista de los objetos; son cuatro los que pueden encarnar la pulsión. Pero su costado instrumento es inasible. Así explica Lacan las reversiones de la pulsión; como órgano se encarna, como instrumento sólo lo podemos pensar abstractamente, por medio de la lógica.

En el *Seminario 11*, ilustra este órgano-instrumento sirviéndose del mito de la laminilla, propuesta donde pretende superar la fábula de Aristófanes de *El banquete*, de Platón. La fábula dice que, “en primer lugar, eran tres los sexos de los hombres y no dos como ahora, el masculino y el femenino; un tercero era común a esos dos, y, si bien perdura el nombre, el sexo en sí ha desaparecido. Entonces, el andrógino era una sola cosa en cuanto a su forma y su nombre, que participaba tanto de lo masculino como de lo femenino, mientras ahora sólo subsiste un nombre que ha caído en la ignominia”. (Platón, 2007, pág. 40) Al parecer estos andróginos eran tan gigantes, fuertes y arrogantes que deciden ascender a los cielos a atentar contra los dioses. Por lo cual Zeus los castiga: “Los separé en dos, así se volverán débiles”. (Platón, 2007, pág. 40) Y continúa diciendo que “de ahí proviene el amor que naturalmente nos profanamos unos a otros, ya que nos recuerda nuestra primitiva naturaleza y se esfuerza en reunir dos mitades y restablecer nuestra antigua perfección”. (Platón, 2007, pág. 40) La falta ingresa mediante el

pecado original. Y el castigo divino es separar esa sustancia, que al ser separada empuja a volver a su estado original de unión, empujando al encuentro con el otro sexo.

En cambio, Lacan con su estilo minimalista, extrae sólo aquello que pierde el viviente y reemplaza la fábula por el mito de la laminilla. Imaginen, dice que “cada vez que se rompen las membranas del huevo de donde va a salir el feto que ha de convertirse en un recién nacido, imagínense que de él escapa algo, es decir, que con un huevo se puede hacer un hombre y también la hombreleta o la laminilla”. (Lacan, 2007a, pág. 205) Y después aclara que esta laminilla que no existe “es justamente lo que se le sustrae al ser viviente por estar sometido al ciclo de la reproducción sexual. Y de esto son los representantes, los equivalentes todas las formas enumerables del objeto *a*”. (Lacan, 2007a, pág. 205) Así confluye el órgano en tanto organismo con el órgano instrumento.

El mito de la laminilla le sirve para salir de la polaridad activo-pasivo, de la que hablaba Freud en el nivel de lo biológico. Se trata de la “la relación del sujeto viviente con lo que pierde por tener que pasar por el ciclo sexual para reproducirse”. (Lacan, 2007a, pág. 205) Esta laminilla es inmortal, porque sobrevive todas las divisiones, todos los cortes. Miller llega al punto de decir que “lo esencial de la dicotomía freudiana es reabsorbido por Lacan, mostrando que finalmente la muerte y la libido tienen algo en común. Este es el verdadero sentido de su mito de la laminilla: la libido es un ser mortífero”. (Miller, 2011, pág. 327) La libido como ser mortífero causó gran revuelo entre los psicoanalistas, quienes sólo pensaban su puro instinto de vida. Lo paradójico es, justamente, que se desprende del ingreso en la sexualidad. Finalmente, Lacan dice que el órgano de la laminilla enlaza el inconsciente a la pulsión.

No podemos confundir la dualidad amor-odio con la pasividad-actividad. El amor-odio son dos registros que nada tienen que ver con la reversión de la pulsión, responden a las operaciones de realización del sujeto respecto del Otro. En cambio, cuando decimos que la pulsión es acéfala, nos referimos a que la pulsión no busca ninguna realización, sólo sostener incesantemente su recorrido. Entonces amor-odio son dos caras de la misma moneda respecto del Otro, del significante. En cambio, la pulsión asegura su satisfacción sostenida en la no interrupción de sus recorridos. Por eso, si hay algo intrigante del amor, es la posibilidad de hacer coincidir deseo y goce, es decir algo en el recorrido de la realización del sujeto respecto del Otro con lo acéfalo de la pulsión.

Según Lacan, Aristófanes usa imágenes patéticas y engañosas sobre esa búsqueda de la mitad sexual, a diferencia del psicoanálisis, que sustituye la representación del amor “por la búsqueda que hace el sujeto, no del complemento sexual, sino de esa parte de sí mismo, para siempre perdida, que se constituye por el hecho de que no es más que un ser viviente sexuado, que ya

no es inmortal”. (Lacan, 2007a, pág. 213) Es la condición de la mortalidad lo que introduce el órgano irreal, la libido. Entonces la libido, por un lado, se enlaza al recorrido hacia otro cuerpo en aquello que se llama pulsión y, por otro, se articula con lo real.

## 2.5 *La libido y la naturaleza*

Avanzamos en dirección de vaciar de sustancia el ser. Llegamos así al quinto paradigma, el del goce discursivo. Los discursos son aparatos de goce que muestran cómo el sólo hecho de estar dentro de un discurso implica una recuperación de goce, un plus de goce. A partir del *Seminario 16*, y sobre todo en el *17*, Lacan da un giro radical. Hasta este momento pensábamos que palabra muerde el cuerpo, matando con la letra la *Cosa*. Y sobre los bordes de esa inscripción queda localizado un resto que no se reabsorbe en la operación. El objeto y su vertiente libidinal. A partir de este seminario Lacan deja de pensar en dos tiempos, en binomios; la relación “no es opuesta, como lo simbólico y lo imaginario, no hay que significantizar el goce, que tampoco es lo que se alcanza por una transgresión o por un forzamiento, ni por el desvío de la separación”. (Lacan, 2007a, pág. 239) La letra, el palote, la primera irrupción de goce produce un corte entre la libido y la naturaleza. Este corte tiene efecto de desinversión; lo que se resta de inversión se concentra en el objeto extraído de esa operación, “un corte entre la libido y la naturaleza, que conlleva una conexión entre la libido y la cultura”. (Lacan, 2007a, pág. 257) El goce discursivo, el del *plus-de-gozar*, está en clara oposición al del *Seminario 7*, donde se trataba de un goce absoluto, macro. Por hablar se goza, no se trata de una transgresión. El *plus-de-goce*, que toma de la teoría del marxismo, se obtiene por estar en el lenguaje, es un puro quantum de libido.

En el marco de este paradigma, Lacan plantea que, si Freud vaciló con respecto al reservorio de la libido, es por cómo pensamos las identificaciones. En el primer paradigma dijimos que el sujeto no ama más allá de su propia nariz, ya que el primer enamoramiento a su imagen le dio una matriz significantizada, sobre la cual inviste los objetos del mundo externo. En el *Seminario 16* da una vuelta radical respecto de este problema. Propone que el corte se produce entre la libido y la naturaleza. Es éste el corte que interrumpe toda intersubjetividad posible, fundando un agujero sobre el que se inscriben las identificaciones de la conducta objetiva. Lacan dice: “Tal es la estructura de estas pulsiones, en la medida en que revelan que un agujero topológico es capaz de fijar por sí solo toda una conducta subjetiva”. Así, en este momento el problema del narcisismo es la pretensión de ser Uno en el campo del lenguaje. Lo dice así: “Si

el neurótico se encuentra confrontado con los problemas narcisistas, es sólo en la medida en que él pretende ser el Uno en el campo del Otro”. (Lacan, 2008e, pág. 236)

### 3. *Circare*

“Ya señalé lo que significa en mi discurso la palabra ‘*circare*’, dar vueltas en círculo en torno de un punto central en la medida en que algo no está resuelto”. (Lacan, 2008e, pág. 225)

Sabemos que sobre el final de su enseñanza Lacan se aleja del concepto de libido, posiblemente porque, al introducir las tablas de la sexuación, la propone del lado macho, que era una indicación freudiana desde siempre. Es en el *Seminario 20* donde separa bajo la lógica de la exclusión dos modos de goce. Un lado macho y otro hembra. El lado hembra implica un goce no-todo, un goce que queda por fuera del goce fálico. ¿A qué se debe este deslizamiento? ¿Por qué Lacan no ubicó a la libido del lado del no-todo? En una cita en *Todo el mundo es loco* Miller plantea que, cuando lo real toma estatuto de contingente, la palabra “goce” nombra mejor la relación del ser hablante y lo que soporta, lo viviente, por su rasgo de disfuncionamiento absoluto: “Lo que aísla bajo el nombre de ‘goce’ —por algo no retomó el término freudiano de ‘libido’, aunque por momentos sean equivalentes— no es del orden de la actividad armoniosa que habíamos ubicado cuando la llamábamos ‘actividad psíquica’. Extrajo y aisló la palabra ‘goce’ porque es en sí mismo un término que es, diría yo, el índice de un disfuncionamiento absoluto”. (Miller, 2015, pág. 173) Si bien excede nuestro marco teórico localizar lo real como contingente en la última enseñanza, nos sirve advertir el contraste, la incompatibilidad de la supuesta armonía de la libido-instrumento del *Seminario 11* con este goce que es índice de disfuncionamiento absoluto. Se refiere al disfuncionamiento porque es un goce que no hace lazo, que no está del lado mortificado por la palabra, sino que es diferencia absoluta. En cambio la libido como ser mortífero, tiene un costado en el principio del placer, en la armonía.

Ahora bien, volvamos a los finales de análisis del cuarto y quinto paradigma de goce, en relación con la libido. En este momento la desinvestidura libidinal del fantasma produce lo que Freud llamaba un “cambio de actitud ante lo femenino”, y es lo que se esperaba como salida de un análisis en *El partenaire-síntoma*, cuando Miller dice que el problema reside en el significante y la carga libidinal. Y propone tres reducciones libidinales posibles: la primera es de lo imaginario y recibe el nombre de “la muerte”, porque refiere a la muerte del yo. La

segunda es la caída; refiere a desinversión del ideal y la caída de los ideales. Y la última es la desinversión del fantasma, y recibe el nombre de “atravesamiento del fantasma”. En los tres casos “la pregunta sigue siendo la misma: ¿cómo puede el sujeto desprenderse del goce que lo retiene en una imagen, en una identificación o en un fantasma?”. (Miller, 2008, pág. 364) O podemos junto a Lacan preguntarnos “¿cómo puede un sujeto que ha atravesado el fantasma radical vivir la pulsión?” (Lacan, 2007a, pág. 281) El atravesamiento del fantasma va desde la demanda a la caída de los ideales. En cuanto al modo de vivir la pulsión, después del final del trayecto analítico, Lacan habla del deseo del analista. Ya Freud planteaba que uno debía ser analista por la experiencia de un análisis.

#### 4. *El amor después*

Cuando habla de la salida de un análisis Lacan agrega algo que nos resulta curioso, dice que “Sólo allí puede surgir la significación de un amor sin límites, por estar fuera de los límites de la ley, único lugar donde puede vivir”. (Lacan, 2007a, pág. 284) Esta cita es ineludible en nuestro trabajo, ya que se encuentra un par de clases posteriores a la que nos sirve de marco a nuestra hipótesis, pero indica un amor distinto al que evocamos nosotros hasta ahora. El amor de nuestro vector es el amor narcisista, el amor repetición, el amor Sujeto supuesto Saber. Pero Lacan siempre nos recuerda que en lo que a la psiquis refiere todo funciona topológicamente. Nunca arribamos a un lugar estático, no hay puertos, sólo cortes que introducen goces en el recorrido de la pulsión, cortes que dan lugar a algo nuevo. Por eso vuelve al amor. Podemos preguntarnos si este es el amor del que habla S. Tendlarz en *El inconsciente enamorado*, aquel que es condición para el inconsciente, en posición de *erastés*, amante en el *Seminario 8*. El mismo Freud cuando estudiaba el carácter hablaba de cierta capacidad para el amor. En sus palabras, decía que “poseemos un cierto grado de capacidad de amor, llamada libido, que en los comienzos del desarrollo se había dirigido sobre el yo propio”. (Freud, 1975a, pág. 310) Quizás esta capacidad es algo que se revela cuando la cadena asociativa suelta sus significantes primordiales.

Nos serviremos del estudio de casos para echar luz sobre el modo de vivir la pulsión después de la desinversión del fantasma.

## Capítulo 5

### Del amor al pase

“Hay dos momentos de la cura que son estándares [...]. Se entra por la puerta del amor; se sale por la del pase”.  
(Miller, 2006a, pág. 6)

#### 1. *Análisis de los datos: testimonios del pase*

La denominación “AE”, analista de la escuela, no refiere a un *gradus*, ni es un doctorado de la propia experiencia. Los testimonios dan cuenta de la geometría que sostenía la neurosis, y las maniobras bajo transferencia que sirvieron para liberar el contenido libidinal atrapado en los significantes primordiales. Lacan separa el saber de la verdad; el saber es un S2 que circula y puede eventualmente coincidir en el lugar de la verdad. Los testimonios dan cuenta de eso, del filo cortante que tiene la interpretación cuando el elemento saber coincide en el lugar de la verdad, desnudado lo que quedaba encubierto bajo el brillo fálico y haciendo aparecer la terciaridad de la transferencia. En este deslizamiento se sustituye la garantía del *gradus* por la ética del pase, donde “lo no sabido se ordena como el marco del saber” (Lacan, 2012, pág. 268), en el borde del agujero que rasga los registros imaginarios y simbólicos, dejando el saldo de una lectura rigurosa de las series de elementos que en sí mismos no quieren decir nada, pero en sus modos de circular ordenan una vida.

¿Qué se espera del analista en este contexto? Lacan responde que “lo que tiene que saber puede ser trazado con la misma relación ‘en reserva’ según la que opera toda lógica digna de ese nombre”. (Lacan, 2012, pág. 268) El analista preserva los relieves del texto del analizante para, en los momentos oportunos, forzar la inmersión en sus dichos a fin de evidenciar la hiancia, la causa. Esta es la paradoja del dispositivo: por un lado son relatos, como lo advierte Carlos Rossi, pero que pretenden transmitir la emergencia de una satisfacción inédita, fuera de sentido, fuera del relato.

## 1.1 Versiones del pase

“No hay atravesamiento de la transferencia, la demanda de pase que se dirige al Otro de la Escuela tiene necesariamente como correlato un Otro del pase, que es un Otro espectador” (Kuperwajs, 2021, p. 136)

Una de las tareas más difíciles para la escuela es indicar en qué consiste un final de análisis. En *El lugar y el lazo* Miller propone dos versiones donde se sancionan posibles salidas del análisis, a las que Marié-Helene Roch agrega una tercera, que se encuentra, cronológicamente, entre las dos propuestas.

La primera es con la “Proposición del 9 de octubre”, donde “todo converge para definir ese saber como algo concerniente a la verdad del ser del sujeto como ser del deseo”. (Miller, 2013, pág. 370) Este estatuto es posterior al dictado del *Seminario 14*, sobre el fantasma, y anterior al seminario del acto. En este contexto Lacan propone el pase para una reestructuración de la escuela, de la formación, y de los conceptos. El final del análisis consistía en la desinversión del fantasma, en atravesar la experiencia del  $-\phi$  a fin de liberar al objeto *a* para que se constituya como causa.

El segundo momento lo retoma Roch de *La nota italiana*, donde Lacan escribe unas sugerencias con respecto a reemplazar las prácticas que existían para ser analista por el pase. Y recuerda que el analizante es, en sentido estricto, un analista de su propia experiencia. El documento ubica cómo el analizante, sobre el final, encuentra un lugar de desecho respecto de esa hystoria cuando ese saber que tejía en la consulta deja de producirlo, como sujeto y como analizante. En este contexto el saber deja de ser algo que se repite necesariamente y pasa a ser algo que se inventa contingentemente. Lacan indica que “no hay analista si ese deseo no le adviene, es decir que ya por ello él sea el desecho de la susodicha [humanidad]”. (Lacan, 2001, pág. 329)

Y por último en 1976, en el *Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11*, Miller ubica la última versión del pase. La salida se constata por el encuentro con una satisfacción inédita, “uno lo sabe, uno mismo”. (Lacan, 2012, pág. 599)

Ningún momento anula al otro, coexisten. Ahora bien, nos centraremos en el primer momento, que es el de nuestro marco teórico, para articularlo a la pregunta del *Seminario 11*: ¿cómo vivir la pulsión una vez que se hizo la experiencia del fantasma fundamental? ¿Cómo salir de los

espejismos de la verdad, bajo transferencia, para ubicar el deseo como causa? Esta es la orientación que tendremos en la lectura de los testimonios. Una pendiente va desde la transferencia-repetición a la transferencia-causa.

## 2. *Lo que los pases enseñan*

Ya dijimos que el objeto *a* puede ser extraído, recortado. Aislar el objeto produce, según Lacan, una “destitución subjetiva” (2012, p. 270), un momento de separación del ideal del objeto.

Para orientarnos en la lectura de los pases, usaremos un dato clínico que indica André Marcus Vieira: “Un análisis no es obra de un sujeto, lo decisivo serán los encuentros de ese sujeto, consigo mismo, en el lugar del objeto”. (Viera, 2018, pág. 30) Es en tanto objeto del encuentro con el Otro que podemos dilucidar el recorrido libidinal concentrado en el fantasma y construir hystoria del caso. En el testimonio encontramos, primero, el “mosquito eléctrico”, apodo de su tía, que nombra el lugar en el falo materno. En un segundo tiempo, lo vincula a un chiste: “Un mosquito dice a la madre: ‘Chau, estoy yendo a la ópera’; a lo que la madre responde: ‘Qué lindo, pero cuidado con los aplausos’”. (Viera, 2018, pág. 29) Dos tiempos del trauma que constituyen la defensa fantasmática: “la ópera del mosquito”.

Si bien el axioma le sirve para proyectar interpretaciones del mundo, un recuerdo no llega a ser reabsorbido por la defensa, irrumpe: la madre le pide que asista a una operación de su útero y se desvanece cuando la cicatriz de su madre lo mira. El analista enlaza ese recuerdo a la cicatriz en la cara de una mujer que llama su atención. Se abre un espacio, una hiancia, el no saber. La interpretación señala en acto el carozo que coagula amor-cicatriz-repetición. Así la pulsión circulaba silenciosamente en los besos a esa mujer, besar cada vez la muerte. La transferencia se pone en acto desde hiancia entre el beso y la muerte, conmoviendo el silencio pulsional. Vieira da cuenta de otro destino a la pulsión cuando la laminilla libidinal deja de enredarse en las mismas coordenadas.

En el testimonio de Florencia Dassen encontramos el atravesamiento del amor-repetición en un falso acto, siguiendo el nombre que le da su analista a la situación. En un momento atraviesa una puerta-ventana identificada con el objeto del que se separa. En su caso, el objeto desecho del saber era una hendidura en la mirada; los “ojos rasgados”, que nombran ese goce atrapado en el significante, le garantizaban un lugar fálico materno. La analizante encontraba en la mirada japonesa la hendidura por donde se miraba quedando estragada. Celos locos ante aquellas mujeres en las que encontraba ese rasgo. Ella cuenta que en esa sesión se escucha por

primera vez en su relato; ante la sorpresa de lo sucedido, su pregunta: “¿Por qué me encerraste?”. Lacan decía que se trata del mensaje en forma invertida, en tanto lo que decimos nos habla, en este caso habla del encierro neurótico.

Dos intervenciones por parte de su analista: primero sentenciar el pasaje al acto como “falso” acto; hay que recordar que quien pasa al acto por el abandono de un hombre es su madre, por eso el analista en acto no cierra el sentido de lo acontecido, abre la equivocidad permitiendo que la analizante ubique allí un pasaje a otra cosa. “La segunda intervención apuntó a producir el no-todo, indicando el corte entre la mirada y la muerte”. Así el objeto escópico velaba en el registro del no saber una juntura entre la mirada y la muerte, que la interpretación revela, separando el  $-\phi$ , la castración del lado de la muerte, del objeto  $a$  en tanto causa.

En ambos testimonios leemos el lazo amor-muerte como garantía del lugar fálico materno, matriz de síntomas neuróticos. Sin embargo, mientras el primero encuentra en lo contingente del goce femenino un alivio al encierro fantasmático, el segundo, que desde el comienzo está más libre del fantasma e inclinado a gozar del *partenaire*-devastación, encuentra en la extracción del objeto un alejamiento de los abismos.

En la presentación del libro *Cómo terminan los análisis*, Miller plantea que “podemos decir que el fantasma es masculino, mientras tanto su objeto es femenino. Resulta que el hombre queda colgado a su fantasma, y una mujer tiene más libertad con relación a su fantasma”. (Miller, 2022)

En la misma línea encontramos, en el testimonio de Irene Kuperwajs, que, cuando se extrae el objeto voz, algo nuevo se produce en el amor. Para ella la vertiente de la devastación consistía “ofrecerse como un ‘dulce’”. En el recorrido a soltar la voz, un sueño: “Estoy en mi habitación con mi hijo mayor, veo un animal tendido en el piso, me acerco, es un hipopótamo. Mete su boca enorme en mi cartera... muere y veo que expulsó un vómito amarillo, es polenta”. (Kuperwajs, 2019, pág. 113) La analista interpreta este sueño: ¡Ahí está el carmelito atragantado! Del objeto oral una vez extraído queda la polenta como garra que la AE pone a la vida.

## 2.1 Los objetos y el objeto

“El objeto  $a$  no es ningún ser. Es lo que supone de vacío una demanda que nos permite imaginar lo que puede ser un deseo que ningún ser soporta”. (Alvarenga, 2001)

En los relatos de los pacientes circulan toda clase de objetos, pero lo que nos interesa es el lugar que tienen en la lógica del caso. En esta perspectiva encontramos un detalle interesante en el testimonio *Último puchito*, de Gabriela Grimbaum. La AE elige una referencia del *Seminario I*, donde Lacan ilustra su fundamento con la frase de un niño que le dice a su amada madre: “Cuando estés muerta, mamá, cogeré tus sombreros”. (Lacan, 1975, pág. 317) En este momento sostiene una discusión con Balint, que piensa “que el niño sólo reconoce al otro en función de su propia necesidad”. (Lacan, 1975, pág. 317) Y ese es su error, porque “este simple ejemplo del cuando tú estés muerta nos señala donde se manifiesta efectivamente la intersubjetividad fundamental del niño: ella se manifiesta en el hecho de que pueda servirse del lenguaje”. (Lacan, 1975, pág. 318)

La AE rescata el ejemplo para localizar la pregunta sobre la transmisión de lo femenino; en su neurosis se preguntaba si había algo de eso en el vínculo madre-hija, junto al fallido de invertir el orden en la pregunta, es decir, si algo de lo femenino se trasmite de hija a madre, en el contexto del inicio de la pubertad de su hija. Finalmente, se responde que la maternidad sólo fue posible cuando pudo lidiar con algo de lo femenino. Es otro de los casos donde la extracción del objeto sirvió para alejar al sujeto de los abismos en los que quedaba, junto al rechazo histórico de los semblantes femeninos, tal como Freud proponía, en el final una variación de actitud ante la desautorización de la feminidad, ya que dominar ese factor es imposible.

Este testimonio cuenta también con la versión del amor-repetición en un dicho de su abuela, que decía: “Vos lo tenés que querer, pero él te tiene que querer más de lo que vos lo querés a él”. (Grimbaum, 2019, pág. 52), quedando sólo en el registro de ser amada y excluyendo la posición de *érestes*, aquella que Lacan nos indicó como fundamental a la metáfora del amor. El testimonio nos invita a pensar cómo el rechazo por los objetos metonímicos, como pueden ser los tacos, los labiales, velaban la desautorización de lo femenino; hasta que algo en su modo original se aisló sin ser reabsorbido por el significante, permitiéndole encarnar la Otra, que es Otra para ella misma, un activismo en el lazo amoroso a partir de “saber ser la Otra”. (Grimbaum, 2019, pág. 52) Podemos leer la sutileza de diferenciar los objetos metonímicos (tacos, labial, carteras, lentes, etc.) del objeto metafórico extraído de la frase de la abuela: hacerse amar más de lo que ama. Para finalmente desinvertir la sentencia y sostener una posición activa en el amor.

Encontramos otros objetos metonímicos en el desenlace del análisis del AE de Sergio Laia, quien sostenía la “realización del falo imaginario” (Laia, 2019, pág. 123) a costa de sufrir la ausencia de legado paterno, un padre degradado en el discurso materno. Por supuesto que hizo falta todo el tiempo que implicó el recorrido por sus dichos para que pueda escucharse la

inscripción del símbolo paterno, anudado neuróticamente al  $-\phi$ . Este nudo se abre por medio de la formación del inconsciente-intérprete en un sueño: “Un amigo —mucho más amparado por la referencia paterna que yo— mostraba, para mí y mi mujer, los regalos típicamente masculinos, aunque bizarros, que él recibía de su padre”. (Laia, 2019, pág. 126) El sentido común empuja a pensar que cuando hablamos de legado nos referimos a objetos, pero el discurso analítico nos enseña su color-de-vacío. Al modo del Witz, el sueño sustituye objetos fálicos por objetos  $-\phi$ , dejando al descubierto la castración del Otro.

También en el testimonio de Gabriela Medin hay una revelación de los objetos-semblante en un sueño del final: “Entro en mi casa y me robaron todo, veo todo vacío sin experimentar angustia. Me doy cuenta de que había perdido la agenda, el ordenador, mis objetos. Sorprendentemente estoy muy tranquila, constato el vacío. La analista interpreta: se puede perder”. (Medin, 2021, pág. 134) El sueño evoca el vacío de significación sobre el cual el deseo del analista se despliega.

## *2.2 El fantasma y el objeto*

Por otro lado, el testimonio de Mauricio Tarrab enseña cómo, tras el atravesamiento del fantasma, quedó la consistencia del objeto voz, de la que se separó en un segundo tiempo. En su caso recortar “ser el soplo del padre es la vertiente nombre del padre, de aquello que penetró en el cuerpo por la lengua materna”, implicó cierto desplazamiento del lugar de saber del analista —del error en su persona— y dejó al descubierto la geometría que sostenía un goce más difícil de localizar, un goce mudo. Este goce no devenía en angustia porque el analista encarnaba el objeto invocante, una oreja donde hacerse escuchar. Entonces en un primer momento la creencia en Otro hacía del analista un agujero donde soplar, y en el segundo se reduce al agujero de la oreja del analista que da consistencia libidinal al goce áfono del objeto voz. El recorrido va desde el soplo hasta el analista-oreja. Del amor transferencial bajo las coordenadas del nombre del padre a la libido concentrada en áfono de la voz.

Si Miller identifica dos momentos del pase, este recorte del testimonio —el retiro libidinal del circuito pulsional que aseguraba el falo materno bajo el sostén del amor al padre al objeto causa de goce— responde al primero. Pero queda el objeto invocante como obstáculo para al encuentro con una nueva satisfacción. Sabemos que el analizante debió atravesar esa oreja, hacer de ese resto una imposibilidad lógica que se aloja en el cuerpo; segundo momento del pase.

Hélène Guilbaud comienza su testimonio relatando un sueño de transferencia. “Entro en una habitación y me encuentro delante de un ataúd cubierto con un cadáver de hace cuarenta años. En el resquicio de la puerta, percibo a mi analista. Ni una palabra, pero me digo: ella abrió adrede el ataúd para que yo me encuentre allí, con los ojos sobre el cadáver”. (Guilbaud, 2022, pág. 63) El significante *dépouille*, que en francés significa “restos”, “cadáver”, resuena en todo el trayecto analítico. El cuerpo es el hermano menor del padre, fallecido en un accidente trágico. El sueño condensa su identificación con la depresión de aquel duelo imposible. Como ya explicamos, la identificación, cuando es producto metafórico, articula distintos niveles; en este caso el esquema lambda cruzaba dos vectores: uno entre lo que su madre era para su padre y otro entre lo que ella era para su pareja de ese momento, a quien había conocido en los meses posteriores a la muerte de su mujer. Así el amor narcisista jugaba su partida.

Al volver al sueño, encontramos al analista incluido en el concepto de inconsciente, una “mujer y brillante”, una Otra mujer, a quien ponía a observar los restos del cuerpo muerto del hermano menor del padre. Si antes hablamos de los objetos metonímicos, este testimonio nos sirve para diferenciarlo del objeto metafórico. El cuerpo muerto del tío, la Otra de la histeria, el amor al padre, y finalmente estos semblantes se pueden reducir a la satisfacción pulsional del objeto escópico —mirar el objeto residual, objeto *a* del fantasma, aquel cuerpo—.

La analista es convocada a mirar junto a la analizante el cuerpo muerto, pero sale de la escena cuando interviene indicando ese cuerpo muerto. En el *Donc*, Miller afirma que “la interpretación es la condición de la transferencia”. (Miller, 2019, pág. 293) Este acto permite a la analizante resquebrajar la condensación fantasmática para equivocar significante *dépouille* con *dépouillee*; una pareja la había pelado económicamente y al modo de un relámpago surge la escena infantil: “Me encuentro, a la salida de clase, en una fábrica. Unos obreros despellejan (*dépouillent*) unas ratas. Observo la escena fascinada”. (Guilbaud, 2016, pág. 64) Es en aquella sesión que la sonoridad de *dépouille* resuena en *dépouillee* y evoca *dépouillent*, con esa vivencia de exceso de goce escópico en el despellejamiento de una rata. Evoca así su propia fascinación, los restos pegados a aquella rata despellejada. El objeto escópico queda localizado en la escena, por medio del acto del analista, pero ya advertimos que no contamos únicamente con la lógica del significante. El apego a la consistencia del objeto *a* puede ser un obstáculo. En este caso, la analizante interrumpe el tratamiento por diez años, durante los cuales, según su decir, quedó “escondida en el ataúd”. (Guilbaud, 2016, pág. 65) Del cual sale en otro tramo analítico, que queda por fuera de nuestra investigación.

Ambos testimonios dan cuenta de un momento de apego a la consistencia del objeto posterior al atravesamiento del fantasma. En el primer caso, el objeto toma consistencia por medio del

goce de “hacerse escuchar”, donde resuena lo áfono de la voz. Y, en el segundo caso, sin la Otra que le indique dónde mirar, queda fijada en el interior del agujero del ataúd, “escondida en el ataúd”. En *El nombre y la causa*, Eric Laurent plantea que, “una vez atravesadas las identificaciones, lo que se revela es una relación del sujeto purificada, separada de sus identificaciones con un uso fundamental del fantasma, concebido como programa de goce, en un encuentro marcado siempre por el goce como causa”. (Laurent, 2018, pág. 31)

Por otro lado, Silvia Salman, en su testimonio titulado “Ánimo de amar”, nombra su fantasma así: “Hacerse agarrar por el Otro”, con su correlato síntoma “para huir”. En un momento su segundo analista la agarra de los brazos y le dice: “Usted me provoca eso”. El analista entra en el circuito pulsional de la paciente: hacerse agarrar para huir, lo que produce la precipitación del significante huidizo, que permanecía velado para la analizante hasta ese momento. La posición de goce del analizante alcanza un decir que evoca el recorrido pulsional. Así, el fantasma y el síntoma se alojaban en el lazo transferencial; la autora subraya que, con el primer analista, compartía el goce de la huida, y en cambio el segundo “era alguien que no me dejaba ir, lo que dará lugar en la salida a una nueva versión del agarrar y una satisfacción correlativa a ella”.

Encontramos en los informes sobre el cartel del pase un texto donde Graciela Brodsky se pregunta “cómo el análisis mismo deja de servir a los fines de la pulsión”, es decir, cuál es el desenlace del apego transferencial. Probablemente Lacan descubrió estos escollos y por ese motivo pensó un más allá de los bordes del objeto. En el *Seminario 20* insiste con separar la libido del Otro goce de una satisfacción de un orden diferente. En este momento encontramos sólo dos referencias al concepto de libido, y ambas refuerzan lo ya anticipado por Freud: que es masculina. Lacan dice: “Abordo este año lo que Freud dejó de lado expresamente, el *¿Was will das Weib?*, el *¿qué quiere la mujer?* Freud postula que sólo hay libido masculina, y qué quiere decir esto si no que un campo nada deleznable queda así ignorado”. (Lacan, 2008g, pág. 98) Y propone diferenciar lo femenino como un modo de goce no reductible a los contornos del objeto. Deja así dos lados diferenciales; del lado masculino, el inconsciente freudiano, aquel que funciona por asociaciones, entre condensaciones y desplazamientos, junto a la energía libidinal que se desplaza. Sostiene que, “si la libido sólo es masculina, nuestra querida mujer, sólo desde donde es toda, es decir, desde donde la ve el hombre, sólo desde ahí puede tener un inconsciente”. (Lacan, 2008g, pág. 119) El campo que quedó ignorado por Freud es aquel de un goce que no tiene representación, que se sabe porque se siente, pero que no puede ser cubierto por una imagen ni nombrando por una palabra. Cuando Miller propone, en el *Donc*, un segundo momento del pase, se refiere a lo que toca ese goce. Decimos esto de manera

escueta porque excede el vector de nuestra investigación. Sin embargo, queda planteado el punto sobre el cual avanza luego la teoría del psicoanálisis.

### 3. *La transferencia más allá del fantasma*

“El sujeto analizado sabe lo que es, pero al mismo tiempo sabe lo que ya no es, y de ahí la fórmula que utilizará: ‘El saber vano de un ser que se sustrae’, y la idea es que el pase es un duelo anterior que no sabía su causa”. (Castellanos, 2019, p. 138)

En el testimonio de Marta Serra, encontramos el engaño del amor en un sueño que instala la transferencia al comienzo del análisis: “Estoy en una habitación con el analista y con Lacan. El analista está tras una mesa con libros y papales, mientras que Lacan —que, sin embargo, es también el analista— me hace avanzar caminando frente a esa mesa, empujándome con sus manos dulcemente apoyadas en mi trasero. Yo miro al analista como diciendo: ¿ve usted lo que me sucede?”. (Serra, 2018, pág. 108) Comienza su análisis atrapada en la posición de amada, en un recorrido pulsional de seducción, privilegiando el objeto escópico, en su vertiente de velar. Es recién cuando confiesa haber supuesto una mirada de deseo del analista un tiempo antes de su demanda de análisis, y que su analista confirma (“sí, la miré”), que esa posición puede conmoverse. La AE vuelve a la consulta con la creencia de que su analista la ama, y lo primero que le dice es: “¿Por qué no busca un amante así pueden hablar de otra cosa?”.

Esta secuencia de sesiones desenmascaró el engaño del amor; ya no se trata de la persona del analista, sino de su saber supuesto allí. Ahora bien, es interesante encontrar que, luego de un sueño que paradójicamente la lleva a un despertar, comienza una etapa signada por la transferencia negativa; un plus de goce no localizado la posicionaba en un vaivén interminable. Ya dijimos con Miller que “está la transferencia del lado de la alienación que se denomina Sujeto-supuesto-Saber, pero está también la transferencia del lado de la separación, del lado del objeto *a*”. (Miller, 2000, pág. 83) El lado de separación es el más difícil de explicar; los testimonios hablan del silencio, de la ausencia de sueños, de la transferencia negativa, interrupciones del tratamiento, nulidad de asociaciones libres, *acting*. Si bien la transferencia se concentra en el momento en el que se borra el Sujeto-supuesto-Saber, cuando esto sucede encontramos un gran problema clínico, porque ninguna de las manifestaciones mencionadas son conclusiones de un análisis. Ya en el *Seminario 16* Lacan planteaba que “la captura del

propio analista en la oquedad del  $a$  constituye precisamente lo ininterpretable. Para decirlo todo, lo ininterpretable en el análisis es la presencia del analista”. (Lacan, 2008e, pág. 317)

Leemos en los testimonios cómo al final de un análisis el hueco en el interior de esa presencia que aloja lo más singular del goce de cada analizante es difícil de soltar. Llegamos al punto donde se el analista circunscribe ese agujero, ese no hay, el  $A$  barrado, que finalmente deja el objeto  $a$  liberado. Pero dejar las cosas aquí implica quedar encerrados en la lógica del todo, entre lo que hay y no hay, entre la repetición y la castración.

Ya dijimos que Lacan nunca redujo o anuló las paradojas. Quizás le hubiese convenido sostener que la reducción del amor-transferencia-repetición a la libido-objeto nos llevaría a la liquidación de la transferencia, pero esto no pasa en los análisis. Entonces insiste en que lo que se liquida es el engaño del amor. Pero ¿a qué llamamos “transferencia” una vez que el objeto se libera? Cuando el objeto liberado se ubica como causa, ¿qué sucede con la transferencia?

Si tomamos los recortes de los AE, indicando únicamente las intervenciones que soltaron el  $a$  del  $-\phi$ , encontramos interrupciones en el tratamiento, transferencia negativa, silencios, ausencia de sueños, etc. Lacan, fiel a su estilo, empujó la teoría un poco más, al introducir una lógica del no-todo que aloja el imposible estructural en el cuerpo del analizante, para que el pasaje de analizante a analista se produjera.

## Conclusiones

En el primer capítulo planteamos el fundamento sobre el que se edifica todo el proyecto al demostrar cómo la invención del concepto de transferencia implicó, asintóticamente, la posición del analista. Sobre la base del desplazamiento del lugar del saber, de médico a paciente, se funda una nueva lógica en la cura. Hasta este momento el médico se valía del ejercicio de la sugestión como única vía para dirigir el tratamiento. Digo única entendiendo que la transferencia la incluye, pero para hacer un tratamiento de ella. La torsión que lleva a cabo Freud es sorprendente: en lugar de atribuirse los sentimientos del paciente, indica que son efecto de su inconsciente, de su propia cadena asociativa. Es decir, el analista entra en la serie de objetos pulsionales del paciente, en la cadena asociativa del inconsciente. Se puede verificar en el recorrido una serie de epígrafes que plantean que al principio está el amor, cuando el analizante consiente a que el analista circule en la serie pulsional, y el analista introduce algo nuevo con su deseo de diferencia radical respecto a las mismas asociaciones de las que forma parte.

Siguiendo estos postulados, Lacan propone explicar la terciaridad que introduce la cadena asociativa desde el antiguo concepto de *ágalma* que usaban los griegos para referirse al brillo que uno le atribuye al ser amado. Se interesa en este texto porque es, según su criterio, el primer libro filosófico que habla de la transferencia. En *El banquete*, de Platón, encontramos un convite donde cada pensador le dedica un discurso a Eros, el dios del amor. En su turno, Sócrates, que venía recibiendo los elogios de Alcibíades, da un giro al decir que no le está hablando a él, sino a Agatón. Así Sócrates supone el error en su persona, y lo dice. Lacan, con la astucia que lo caracteriza, encuentra allí el primer antecedente donde un pensador ubica este deslizamiento, de pensar el amor como una relación dual a pensarlo en un ternario, que incluye el inconsciente. Esa lectura es posible porque contamos con los desarrollos donde Freud identifica los mecanismos psíquicos que comandan el amor.

En esta dirección Lacan propone en el *Seminario 11* un vector que va del amor a la libido, diferenciando dos términos que, a esta altura de la enseñanza, tienen pregnancia en distintos

registros. El amor es pensando en su versión de repetición narcisista, como reflejos en espejo del amor propio.

En cuanto a la libido, la cuestión es un poco más compleja. Si uno recorta este vector y lo descontextualiza, supone rápidamente que el final de análisis es la liberación de la libido de los recorridos de la repetición. Y efectivamente esto se corresponde con el modo en que Lacan pensaba a esta altura el final de un análisis: un momento donde la libido se separa del fantasma. Para pensar las escansiones de Lacan con respecto a los finales del análisis, nos servimos del texto de Miller “Tres versiones del pase”, publicado en el libro *El lugar y el lazo*.

Ahora bien, ya dijimos que Lacan no descarta los conceptos, sino que les asigna un nuevo tornasol a medida que avanza. Por ejemplo, amor en el *Seminario 11* tiene dos caras, una de repetición, narcisista, no se ama más allá de la propia nariz, que es la que se remarca en el vector propuesto para el estudio. Pero en el mismo seminario indica la cara de vacío, al decir “el amor es dar lo que no se tiene a quien no es”. En el centro, entre “lo que no se tiene y quien no es”, se inscribe una lúnula vacía de sentido. Por eso, cuando pretendemos tomar nuestro vector —del amor a la libido— en un sentido lineal, fracasamos.

Lo mismo pasa con la libido. Hasta el *Seminario 7*, hay cierta equivalencia entre el goce y la libido. Sin embargo, cuando Lacan introduce con mayor fuerza lo real, asociándolo a la *Cosa* freudiana, como aquello que está más allá del principio del placer, comenzamos a encontrar la libido en dos vertientes, una como transcripción del deseo, figurado en el significante, y otra que se le opone, por fuera de todo significante y significado. Entonces la libido también tiene estas dos caras. Pero sabemos que ya en el *Seminario 20* únicamente la nombra en dos oportunidades, subrayando que se ubica en el lado macho en las tablas de la sexuación. En cambio, el goce, ya en el *Seminario 7*, lo encontramos como diferencia radical con respecto al principio del placer. Si volvemos al goce, es porque al hacer una lectura de la enseñanza de Lacan podemos advertir que va dejando de lado la libido para darle mayor preponderancia al goce.

Pero retomemos el vector que va del amor a la libido, ¿de qué libido habla? A la altura del *Seminario 11*, en el año 1964, encontramos un aporte para un congreso en Bonneval, a pedido de Henry Hey, bajo el título “La posición del inconsciente”. Ahí propone a la libido como un órgano irreal, parte viviente que pierde el sujeto al producirse por las vías del sexo. Podemos leer el mito de la laminilla como contrapropuesta del mito de Aristófanes, según el cual unos gigantes atentan contra los dioses y reciben el castigo de ser separados en mitades condenadas a buscarse. En *El banquete* lo que se busca es esa parte que se perdió en la realidad, a diferencia de la propuesta de la laminilla, donde lo que se pierde es irreal e integra en un mismo órgano

la dicotomía vida/muerte. Este órgano no es imaginario, sino que está directamente enchufado a lo real. Esta laminilla encuentra sus representaciones bajo la forma del objeto *a*. Miller llega a decir que el verdadero sentido de la laminilla es un ser mortífero, con la particularidad de que sobrevive a todas las divisiones, los cortes.

### 1. *El Sujeto-supuesto-Saber*

En “La proposición del 9 de octubre de 1967”, encontramos por primera vez un algoritmo para pensar la transferencia. Se trata de un aparato construido en dos planos. En la parte inferior el saber supuesto esta entre paréntesis, en suspenso. Por fuera del paréntesis tenemos la *s*, es decir, ese error que recae sobre la figura del médico. En la parte superior, un significante se dirige a otro significante cualquiera. Que este significante se nombre como *cualquiera* es fundamental. Siguiendo a Laurent, en “El nacimiento del sujeto supuesto saber”, este significante es una marca diacrítica, equívoca, que aloja el no saber, el no comprender del analista, la *x* de su deseo.

Por su parte, en “La interpretación al revés” Miller plantea que es el inconsciente del paciente el que interpreta, entonces el analista debe privarse de aportar S2 que cierre el sentido; su acto es retener la distancia entre S1-S2. Esta es la regla básica del psicoanálisis y la condición de posibilidad de la experiencia.

Entonces, cuando Lacan sostiene que el Sujeto-supuesto-Saber es el pivote de la transferencia, hay que prestar atención. No afirma que el Sujeto-supuesto-Saber es la transferencia. Quiere decir que, cuando el paciente llega a la consulta, espera del analista un saber que lo alivie, ya que el analista encarna en el dispositivo ese Otro inconsciente. Ya dijimos que el inconsciente es el mecanismo que se dirige al Otro buscando significantes que lo nombren. El analizante espera eso de un análisis. Pero el analista preserva el no saber, la *x*, el lugar vacío del significante diacrítico. Haciendo deconsistir ese Otro, la suposición de saber del Otro. Al final de un análisis lo que se liquida es el engaño del amor, el Sujeto-supuesto-Saber, no la transferencia. Por eso Lacan dice que el Sujeto-supuesto-Saber es el pivote de la transferencia, pero que la transferencia es mucho más que eso. En los testimonios del pase que usamos la transferencia toma la forma de trabajo en la escuela, se pone al servicio de ese deseo de la diferencia radical.

## 2. *Los discursos bajo transferencia*

A lo largo de la enseñanza vamos encontrando una teoría cada vez más monista y alejada de la sustancia del ser, que cuela por el empuje al sentido común. Ya en el *Seminario 16* separa de manera tajante el saber de la verdad. Algo que se constata en el año que dedica a pensar los discursos. Saber y verdad no son sinónimos. Uno es un elemento que circula, y el otro, un lugar al que pueden advenir diversos elementos dependiendo del discurso que nos habite. Estas combinaciones entre lugares y elementos condensan modos de gozar.

Cuando nos preguntamos ¿de qué goza un sujeto?, la respuesta no implica el ser, sino el modo en que vive la pulsión. Hablar del modo en que la pulsión nos habita es problemático, ya que no se trata de un saber explícito; los testimonios del pase nos enseñan que algo pasa o no pasa, por eso es una experiencia. Sólo pueden decir algo de eso aquellos que consintieron al acto de conmover su goce mediante el filo cortante de la interpretación. Y el único discurso que apunta a hacer coincidir el saber con la verdad es el del analista. Por este motivo no podría ser nunca un discurso de dominación, porque no pretende intercambiar un saber por otro, sino a que cada uno pueda vivir mejor con el no saber.

## 3. *Los pases*

En la investigación de los testimonios, se revela que la construcción del fantasma no siempre coincide con su atravesamiento/desinvestidura libidinal. Detallamos algunos casos donde el fantasma ya construido en análisis deja por saldo un apego al objeto liberado, constituyéndolo como obstáculo que vela la castración del Otro. En otros casos, si la construcción del fantasma deja al sujeto identificado con el objeto, entonces surgen los *actings* o pasajes al acto. Otros testimonios cuentan que, tras la construcción del fantasma, apareció la transferencia negativa bajo la forma de silencios, las ausencias de asociaciones; incluso interrupciones de análisis, no querer saber más nada.

Pensar el final de un análisis sólo contemplando la primera versión de las tres que plantea Lacan, es decir, el atravesamiento del fantasma deja la cuestión encerrada en la lógica del  $-\phi/a$ , es decir, una subjetivación del complejo de castración, con el saldo de impotencia que conlleva. Podemos verificarlo en los casos donde el apego al objeto funciona de obstáculo. Estos restos constatan algo que Freud había planteado desde el principio: la libido es masculina, sigue teniendo un costado en el principio del placer, concentrando cierta armonía.

El trabajo nos permitió responder por qué Lacan se aleja, sobre el final de su enseñanza, del concepto de libido para hablar del final de análisis. Efectivamente el concepto de libido sigue siendo ambiguo, con una pata en el principio del placer y otra en el más allá, a diferencia del goce, que nombra un disfuncionamiento absoluto. La orientación por lo real apunta a la diferencia radical respecto del Ideal.

Sobre esta pista Lacan propone la clínica del no-todo, como tratamiento de estos restos que empujan a la armonía.

## Bibliografía general

Alvarenga, E., “Modalidades del objeto en un psicoanálisis”, revista *Virtualia*, n° 3, 2001, recuperado en <https://www.revistavirtualia.com/articulos/750/destacados/modalidades-del-objeto-en-un-psicoanalisis>.

Bassols, M., *La diferencia de los sexos no existe en el inconsciente*, Buenos Aires, Grama, 2021.

Brodsky, G., “El brote amargo de bambú”, *Lo real puesto al día, en el siglo XXI*, vol. del IX Congreso de la AMP 2014, Buenos Aires, Grama, 2014.

Brodsky, G., *Fundamentos 1, comentario del Seminario 11*, Buenos Aires, Grama, 1991.

Brousse, M. H., *Posición sexual y fin de análisis*, Buenos Aires, Tres Haches, 2003.

Breuer, J., Freud, S. (1895), *Estudios sobre la histeria*, México, Siglo XXI editores, 2022.

Castellanos, S., *Ensamblajes y piezas sueltas*, Buenos Aires, Grama, 2019.

Freud, S. (15 de octubre de 1897), “Carta 71”, *Obras completas*, libro I, Buenos Aires, Amorrortu, 1992d.

Freud, S. (1886), “Informe sobre mis estudios en París y Berlín”, *Obras completas*, libro I, Buenos Aires, Amorrortu, 1992f.

Freud, S. (1886), “Presentación autobiográfica”, *Obras completas*, vol. XX, Buenos Aires, Amorrortu, 2004a.

Freud, S. (1888-1889), “Prólogo a la traducción de H. Bernheim, De la sugestión”, *Obras completas*, libro I, Buenos Aires, Amorrortu, 1992e.

Freud, S. (1890), “Tratamiento psíquico”, *Obras completas*, libro I, Buenos Aires, Amorrortu, 1992c.

Freud, S. (1893-1895), “Señorita Anna O. (Breuer)”, *Obras completas*, libro II, Buenos Aires, Amorrortu, 1992b.

Freud, S. (1895), “Sobre la psicoterapia de la histeria”, *Obras completas*, vol. II, Buenos Aires, Amorrortu, 1992a.

Freud, S. (1900-1901), “La interpretación de los sueños (segunda parte)”, *Obras completas*, vol. V, Buenos Aires, Amorrortu, 1991b.

Freud, S. (1905), “Fragmentos sobre un caso de histeria”, *Obras completas*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2008a.

Freud, S. (1905), “Sobre psicoterapia”, *Obras completas*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2008b.

Freud, S. (1905), “Tres ensayos de teoría sexual”, *Obras completas*, libro VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1992g.

Freud, S. (1909), “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, *Obras completas*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2003a.

Freud, S. (1912) “Sobre la dinámica de la transferencia”, *Obras completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2012.

Freud, S. (1912), “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, *Obras completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu, 1975c.

Freud, S. (1912), “Sobre la dinámica de la transferencia”, *Obras completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991c.

Freud, S. (1914), “Introducción al narcisismo”, *Obras completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1992h.

Freud, S. (1914), “Recordar, repetir y reelaborar”, *Obras completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991a.

Freud, S. (1916), “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”, *Obras completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1975a.

Freud, S. (1917 [1916]), “Una dificultad del psicoanálisis”, *Obras completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 1975b.

Freud, S. (1921), “Psicología de las masas y análisis del yo”, *Obras completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2004c.

Freud, S. (1923), “El yo y el ello”, *Obras completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1992k.

Freud, S. (1923 [1922]), “Dos artículos de enciclopedia ‘psicoanálisis’ y ‘teoría de la libido’”, *Obras completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1992j.

Freud, S. (1923 [1922]), “Dos artículos de enciclopedia: ‘Psicoanálisis’ y ‘teoría de la libido’”, *Obras completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2004e.

Freud, S. (1937), “Análisis terminable e interminable”, *Obras completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2004b.

Freud, S. (1940 [1938]), “Esquema del psicoanálisis”, *Obras completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2004d.

Freud, S. (1950 [1895]), “Proyecto de psicología”, *Obras completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1992i.

García, G., “La invención del analista o la suspensión del buen gusto”, Fundación Descartes, 2011, <http://www.descartes.org.ar/etexts-garcia15.htm>.

Guilbaud, H., “De los restos al Uno-solo”, revista *Lacanianiana*, n° 23, 2022.

Grimbaum, G, *Una mujer sin maquillaje*, Buenos Aires, Grama, 2019.

Kuperwajs, I., “Tomar la palabra”, revista *Lacanianiana*, n° 27, 2019.

Kuperwajs, I., *El Pase antes del pase... y después*, 2021, recuperado en: [https://ri.unsam.edu.ar/xmlui/bitstream/handle/123456789/1692/TMAG\\_IDAES\\_2018\\_KIN.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://ri.unsam.edu.ar/xmlui/bitstream/handle/123456789/1692/TMAG_IDAES_2018_KIN.pdf?sequence=1&isAllowed=y).

Lacan, J. (1955), “La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, *Escritos*, libro 1, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002a.

Lacan, J. (1964), “La posición del inconsciente”, *Escritos*, libro 2, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002b.

Lacan, J. (1973), “Nota italiana”, *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

Lacan, J. (1984), “Respuesta al comentario de Jean Hippolite sobre la *verneinung* de Freud”, *Escritos*, libro 1, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003.

Lacan, J. (1948), “La agresividad en Psicoanálisis”, *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005b.

Lacan, J. (1949), “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos*, libro 1, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008a.

Lacan, J. (1951), “Intervención sobre la transferencia”, *Escritos*, libros 1, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008b.

Lacan, J. (1953-1954), *El Seminario*, libro 1, *Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós, 1975.

Lacan, J. (1954-1955), *El Seminario*, libro 2, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 2008c.

Lacan, J. (1955-1956), “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, *Escritos*, libro 2, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005c.

Lacan, J. (1957-1958), *El Seminario*, libro 5, *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

Lacan, J. (1958), “La dirección de la cura y los principios de su poder”, *Escritos*, libro 2, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002.

Lacan, J. (1958-1959), *El Seminario*, libro 6, *El deseo y su interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 2007d.

Lacan, J. (1959-1960), *El Seminario*, libro 7, *La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007c.

Lacan, J. (1960-1961), *El Seminario*, libro 8, *La transferencia*, Buenos Aires, Paidós, 2008d.

Lacan, J. (1962-1963), *El Seminario*, libro 10, *La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2007b.

Lacan, J. (1963-1964), *El Seminario*, libro 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007a.

Lacan, J. (1968-1969), *El Seminario*, libro 16, *De Otro al otro*, Buenos Aires, Paidós, 2008e.

Lacan, J. (1969-1970), *El Seminario*, libro 17, *El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2008f.

Lacan, J. (1971), *El seminario*, libro 18, *De un discurso que no fuera del semblante*, Buenos Aires, Paidós, 2009.

Lacan, J. (1972-1973), *El Seminario*, libro 20, *Aun*, Buenos Aires, Paidós, 2008g.

- Lacan, J., “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela”, *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.
- Lacan, J., *Otros escritos*, Buenos Aires, Grama ediciones, 2012.
- Laia, S., “El factor infantil”, revista *Lacanianana*, n° 26, Buenos Aires, Paidós, 2019.
- Laplanche, J.; Pontalis, J.-B., *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 10.
- Laurent, E. (1991-1992), *Entre transferencia y repetición*, Buenos Aires, Atuel, 1998.
- Laurent, E., *El nombre y la causa*, Córdoba: IIPsi-Instituto de investigaciones psicológicas [Conicet-UNC], 2018.
- Laurent, E., “El nacimiento del Sujeto supuesto Saber”, revista *Lacanianana*, n° 8, Buenos Aires, Grama ediciones, 2008.
- Laurent, E., “El pase y los restos de la identificación”, *Letras lacanianas*, 2013, [https://issuu.com/uzapuca/docs/letras\\_6\\_web](https://issuu.com/uzapuca/docs/letras_6_web).
- Medin, G., *Encontrar lo vivo en mí*, revista *Lacanianana*, n° 31, Buenos Aires, Grama ediciones, 2021.
- Miller, J. (2004), “Una fantasía”, IV Congreso de la AMP – Comandatura, 2012, <http://2012.congresoamp.com/es/template.php?file=Textos/Conferencia-de-Jacques-Alain-Miller-en-Comandatura.html>.
- Miller, J.-A. (1993-1994), *Donc, La lógica de la cura*, Buenos Aires, Paidós, 2019.
- Miller, J.-A. (1998), *La transferencia negativa*, Buenos Aires, Tres Haches, 2000.
- Miller, J.-A. (1982), “Coger, comer, hablar”, revista *La ciudad analítica*, n° 3, Buenos Aires, 2020.
- Miller, J.-A. (1985-1986), *Extimidad*, Buenos Aires, Paidós, 2010a.
- Miller, J.-A. (1989), *Lógicas de la vida amorosa*, Buenos Aires, Manantial, 2006a.
- Miller, J.-A. (1989), *Los divinos detalles*, Buenos Aires, Paidós, 2010b.
- Miller, J.-A. (1989-1990), *El banquete de los analistas*, Buenos Aires, Paidós, 2010c.
- Miller, J.-A. (1990), “Una observación acerca del atravesamiento de la transferencia”, *Cómo terminan los análisis*, Buenos Aires, Grama, 2022.
- Miller, J.-A. (1992), *Clínica bajo transferencia*, Buenos Aires, Manantial, 2010.
- Miller, J.-A. (1997-1998), *El partenaire-síntoma*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Miller, J.-A. (1999), *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Buenos Aires, Grama, 2011a.
- Miller, J.-A. (2000-2001), *El lugar y el lazo*, Buenos Aires, Paidós, 2013.
- Miller, J.-A. (2001), *Cartas a la opinión ilustrada*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Miller, J.-A. (2007), *Todo el mundo es loco*, Buenos Aires, Paidós, 2015.
- Miller, J.-A. (2008-2009), *Sutilezas analíticas*, Buenos Aires, Paidós, 2011b.
- Miller, J.-A., “El inconsciente real”, publicaciones EOL, 15 de noviembre 2006b, [https://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=publicaciones&SubSec=on\\_line&File=on\\_line/jam/curso/2006/06\\_11\\_15.html](https://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=publicaciones&SubSec=on_line&File=on_line/jam/curso/2006/06_11_15.html).
- Miller, J.-A., *De la naturaleza de los semblantes*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Platón, *El banquete*, Buenos Aires, Gradifco, 2007.

Real Academia Española, “asintótico”, 30 de diciembre 2022, <https://dle.rae.es/asint%C3%B3tico>.

Solano-Suárez, E., *Tres segundos con Lacan*, Barcelona, Gredos, 2021.

Tendlarz, S., *El inconsciente enamorado*, Buenos Aires, Grama, 2022.

Trobas, G., *Cómo Freud descubrió la transferencia*, Seminario del Campo Freudiano en Valencia, 6 noviembre de 2021, <https://www.youtube.com/watch?v=tIQGxxQxwLw>.

Vieira, A.-M., *La escritura del silencio (voz y letra en un análisis)*, Buenos Aires, Tres Haches, 2018.